BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

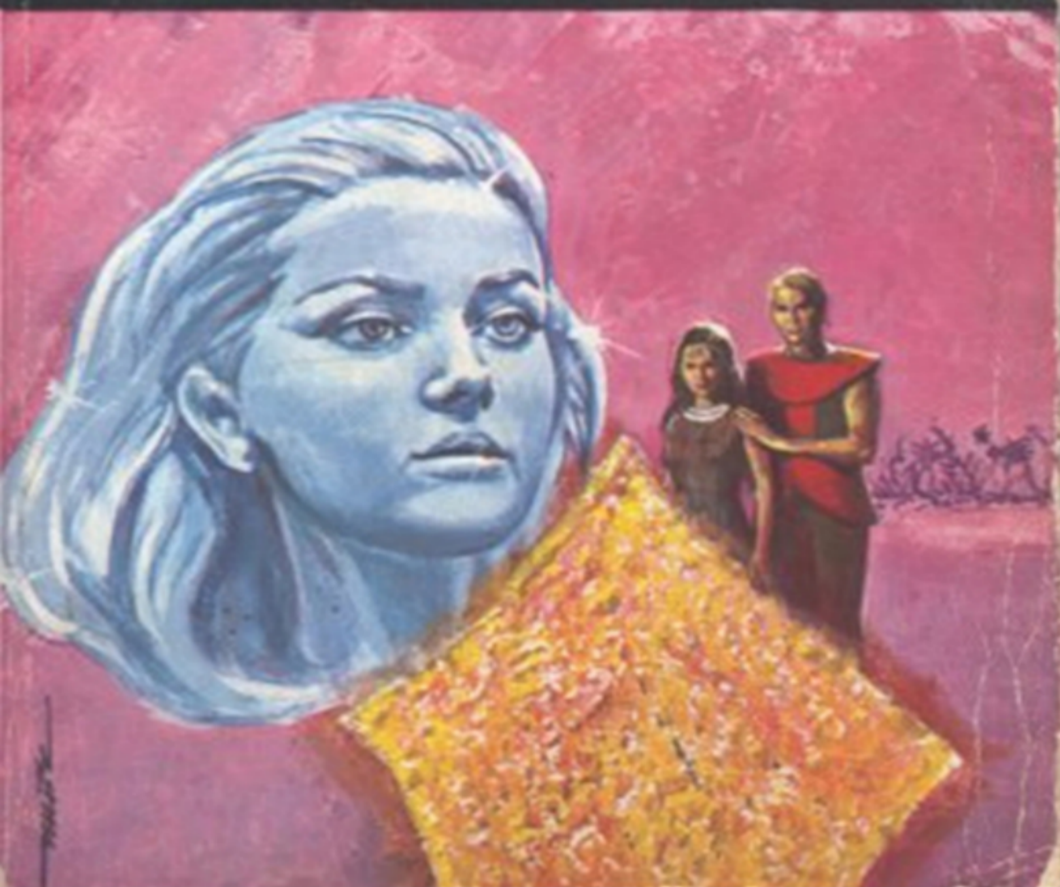
SERIE

la conquista DEL ESPACIO

DIABLO CON DEDOS DE VIDRIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

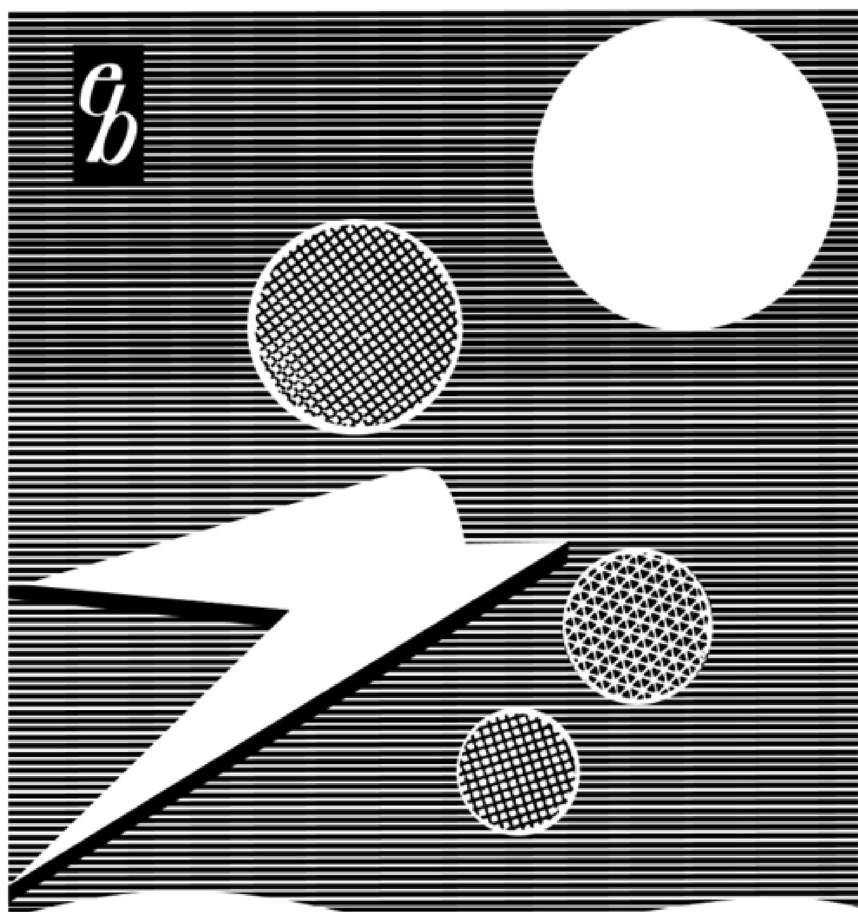
SERIE la conquista DEL ESPACIO

DIABLO CON DEDOS DE VIDRIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

DIABLO CON DEDOS DE VIDRIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 189

Publicación semanal Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 145 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1974

© Curtís Garland - 1974

Texto

© Jorge Núñez - 1974

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,

entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

184 — Rayo de luz. -*Lucky Marty*.

185—¡Yo detuve el mundo! -*Curtís Garland.*

1. —El mensaje de los OVNI.-*Lucky Marty*.
2. — El edén de la vida. - 7. *Chandley*.
3. — Fuego para un planeta. — *Glenn Parrish.*

PROLOGO… ¿O EPILOGO?

Estaba rojo. Siempre así de rojo.

Allí, el cielo siempre era rojo. Rojo como la sangre. Rojo como el fuego de los infiernos. Intensa, furiosamente rojo.

Ya no le admiraban esas cosas. Ya no le admiraba nada. Había perdido semejante capacidad, hacía mucho tiempo.

Tiempo… ¿Qué era el Tiempo?

Ni siquiera de eso podía estar seguro. No tenía seguridad de nada.

Echó a andar. No porque tuviera que ir a ninguna parte, sino porque tenía que hacer algo. Andar, era todo lo que podía hacer.

Andar hacia ninguna parte. Como trazando un círculo imaginario con sus pisadas. Un círculo que no se abría ni se cerraba por ningún sitio, como todos los círculos.

Andar, andar…

Mientras andaba, pensaba menos. Pero pensaba. No podía evitarlo.

Hubiese querido bloquear su mente, anular su cerebro, borrar sus pensamientos. No podía. Era lo único que no podía hacer.

Más allá de aquel cielo rojo, en alguna parte, estarían ellos… Ellos.

No, no quería, no *podía* pensar en eso. No era posible que su mente se recrease en tales cosas. No ahora. Ya no. O enloquecería.

Si es que podía enloquecer. Si es que era capaz de hallar en la demencia, en la inconsciencia de la locura, un alivio a sus sufrimientos, un modo de anularse a sí mismo, de anular aquel maldito cerebro que pensaba, pensaba y pensaba.

Hasta ahora, no lo había conseguido. Hasta ahora, todo era más fuerte que él y que su voluntad: el dolor, la desesperación, fría y reflexiva; la angustia vital, la pregunta terrible que no tenía respuesta, que nunca la tendría ya…

La pregunta que laceraba su mente y le hacía sufrir más que un continuado tormento físico:

¿Por qué él? ¿Por qué no otro cualquiera? Precisamente… *él*. Solamente él.

Una plaza más, una persona más en la nave… y todo se hubiera resuelto. Todo sería diferente. Pero no había sido así. No pudo ser así. El azar, la fortuna, tomó su partido. Su elección terrible e inapelable. No, no la fortuna. Más bien el infortunio propio.

Ni siquiera cabía culpar a nadie de ello. El sorteo fue frío y mecanizado. Una poderosa computadora, insensible y vacía a todo sentimentalismo inútil o a toda preferencia humana, decidió esa elección. Tomó su partido, automático e imperturbable, con helada determinación de simple mecanismo.

Y sucedió.

Era espantoso recordarlo. Cuando vio su nombre en la banda roja de los «desechados», fue como si todo se derrumbase encima de él, asfixiándole. Quiso decir algo. Quiso gritar, protestar, revolverse

contra aquel funesto destino.

Antes de que estuviera realmente seguro de que iba a protestar, a decir, a intentar algo, los guardianes le habían rodeado, con sus armas. Le amenazaban en silencio, como advirtiéndole.

Cualquier rebeldía a lo establecido, significaba la muerte inmediata.

Y en ese momento había visto la mirada de ella.

Ella...

Patética, cuajada de lágrimas que no llegaban a rodar por las mejillas, muy pálida, como una muerta. Apoyando contra sí al pequeño, a quien parecía querer ocultar la estampa dolorosa del padre rodeado de armas enhiestas, en medio de un grupo de guardianes de plateado uniforme. Quizá para que no se llevara consigo la escena penosa de aquel final. Quizá para que nunca recordara a su padre en aquella situación estremecedora.

Ahí había terminado todo. Casi no tuvo tiempo de despedirse. Una mirada trémula, un apretón de sus manos heladas, una mueca dolorosa, una pregunta rota en los labios, un breve momento con los dedos mesando los cabellos de su hijo... y el adiós.

El adiós para siempre. La separación definitiva.

Finalmente, el último emigrante penetró en la nave. Flagstaff en persona le miró desde la compuerta de entrada. Le hizo un gesto de despedida. Le dijo algo, breve y vacío:

—Lo siento, Gundar. No es culpa de nadie. Uno de nosotros tenía que quedarse fuera. Y la computadora te eligió a ti. Comprendo lo que sientes. Y lo que sentirán Uva y Darko. Pero no puedo hacer nada. Nadie puede hacer nada. Tú lo sabes, Gundar.

- él asintió despacio, moviendo con fatalismo la cabeza. Y respondió, torturado:

- —Sí, Flagstaff. Yo lo sé. No puede hacerse nada. Sólo os deseo... suerte. Mucha suerte a todos. Y tú... cuida..., cuida de ellos, cuando menos.—Lo haré —afirmó Flagstaff—. Lo haré, palabra. Adiós, Gundar.—Adiós...

- las compuertas de la nave comenzaron a cerrarse. Fue un

suave deslizamiento, que terminó en. un apagado chasquido. La forma ovoide, gigantesca, de blanco metal deslumbrante, pareció brillar con más fuerza, bajo el cielo púrpura y los soles rojos del planeta.

- Luego, se elevó, majestuosamente.Se elevó sobre las tierras calcinadas y yermas. Pareció tornarse también escarlata, al contacto de las luces rojas del cielo dantesco. Luego, se alejó. Se alejó más y más.

- se perdió.

- Se perdió para siempre, en la distancia inmensa de los mundos. Se hundió en la sima eterna del universo, hacia otras regiones más seguras, que garantizasen la supervivencia humana a través de los espacios y los tiempos.

- él se quedó allí. Allí, en Omega.

- Allí, en el mundo condenado al caos. Junto con los demás «desechados». Con los inferiores. Con los que ya no servían para nada, salvo para morir resignadamente, porque ése era su destino de siempre.Una lágrima rodó por la mejilla bronceada y endurecida de Gundar. El nunca había llorado. Pero ahora era diferente. Muy diferente. Ahora sí brotó esa lágrima de sus ojos secos y fríos, de centelleante mirada metálica.El hombre sin emociones se enternecía al fin. Por una sola y fugaz ocasión en toda su vida. Era una lágrima por Ilya. Y por su hijo Darko. Sólo por ellos.Después, miró a su alrededor. Al paisaje atormentado y candente. A las formas abruptas del inmediato holocausto final. Y se preguntó a sí mismo cómo era posible aquello. Cómo podía morir él de aquella forma, con aquellas gentes. El, que era diferente a todos cuantos quedaban en Omega, en estos momentos. El, que despreció a los «desechados» durante toda su vida, que supo que era superior, diferente. Que no toleró la presencia de gentes ínfimas.El, casi un superdotado, física y mentalmente. Y estaba allí. En un mundo agónico, rodeado de letanías interminables, de cánticos absurdos que venían de las montañas, de lamentaciones y anatemas que llegaban de los valles, de procesiones y rogativas que susurraban por encima de los toscos tejados de los poblados dispersos...El... y todos *aquéllos.* El, un hombre vigoroso, inteligente, fuerte y astuto, culto y civilizado. Y «ellos». Los que no servían para nada. Los que nunca fueron nada. Los desechos de la humanidad. Los desheredados de la naturaleza.Todos juntos..., *¡juntos!...*

esperando la muerte.Se detuvo frente a los riscos que le separaban de los secos cauces donde antes hubo ríos que iban a los mares de Omega. Donde antes hubo vegetación espesa y lujuriosa. Ahora, todo era terriblemente igual. Diabólicamente estéril y muerto. Seco y yermo.Por donde pasó el Gran Fuego, la huella era indeleble. Y eso había sido solamente el principio. Los físicos no advirtieron entonces la terrible verdad. Incluso hicieron sus cálculos científicos para repoblar la vegetación del planeta, para provocar lluvias y generar agua.Después, alguien dio la voz de alarma. Se hicieron las comprobaciones geológicas. Y se descubrió, con horror, la respuesta de todas las computadoras a quienes se consultó, tras una minuciosa programación de datos técnicos, atmosféricos, geofísicos y de todo tipo.Omega iba a estallar.El planeta se moría. Su núcleo interior se resquebrajaba aceleradamente. El Gran Fuego, como decían los ridículos apóstoles de los «desechados», en sus lamentos casi litúrgicos, no se había extinguido tras causar la destrucción de aguas y vegetación. Por el contrario, se había infiltrado en las capas inferiores del suelo planetario.Y ahora, un enorme, devastador centro flamígero buscaba salida imperiosa a la superficie. Los temblores, los terremotos, las sacudidas sísmicas eran crecientes. El cielo se había tornado rojo, el aire quemaba, la tierra era una superficie candente, cuya temperatura se elevaba por momentos.Omega tenía solamente unas horas por delante.Luego..., el holocausto final.Era como si los ciclos se repitieran inexorablemente. Primero, muchos siglos atrás, fue el planeta Tierra.De allí huyeron todos en sus naves espaciales, se dispersaron en busca de nuevos mundos para habitar. Era allá, en la Era Cristiana, en la noche de los tiempos.Ahora, el mundo más parecido a la vieja Tierra de donde procedían, el planeta Omega, seguía sus pasos. Igual que aquel mundo fue destruido por la insensatez del hombre y por su desmedido afán de destrucción, Omega era el sacrificado de turno, en aquel año de gracia 1627 de la Nueva Era Van Holtman.Y llegarían otras Eras, en otros lejanos mundos, adonde la raza humana, en su afán de supervivencia, llegaría a fundar nuevos hogares. Y se repetiría el caos, porque siempre habría un científico o un político capaz de acabar con todo.Por eso la nave estaba ya en el espacio, viajando hacia mundos remotos, dotados de agua, de vegetación, de oxígeno, de posibilidades de vida humana. Las computadoras que hacían funcionar los mecanismos de a bordo, sabrían elegir el sitio idóneo. Y el hombre, siempre el hombre, sabría convertir lo que inicialmente era un paraíso, una tierra prometida, en un maldito infierno de

fuego, cenizas, destrucción y muerte.Siempre la misma historia. Siempre el mismo culpable. Siempre la misma víctima: el propio hombre...—Tú, desechado de la humanidad, que el Señor guíe tus pasos en la eternidad... Y ruega al Señor por tu alma, puesto que nada puedes hacer ya por tu cuerpo...Se estremeció. Alzó la cabeza. Se rompió el quebradizo tejido de sus pensamientos. Quedóse contemplando a aquel hombre altísimo, enjuto, casi esquelético, semi-desnudo, vestido con raídos despojos de tela escarlata, ahora descolorida. Apoyándose en un alto cayado de madera retorcida y negruzca, como las ruinas de tantas orgullosas urbes de Omega, tras el Gran Fuego.—Desheredado, sé bien venido entre los tuyos —prosiguió el hombre, alzando sus huesudos brazos al cielo, con el cayado entre los dedos sarmentosos y retorcidos. Su luenga barba blanca se agitaba con el movimiento convulso de sus labios, en el macilento rostro. Su cabello largo y descuidado flotaba al viento árido y ardiente de los últimos momentos de Omega—. Aquí tienes unos hermanos que te confortarán en el infortunio y vivirán contigo, fraternalmente, los postreros instantes de estos despojos de la humanidad. Ruega al Señor, amigo, hermano acaso... Ruega al Señor, y tu espíritu se sentirá confortado...Gundar tuvo un escalofrío de horror cuando el hombre esquelético se acercó a él. Entonces descubrió sus llagas tumefactas, en las piernas y el vientre. Era un apestado. Uno de los muchos contaminados por la llamada peste o enfermedad de Halsing. Un mal horrible, que devoraba el cuerpo, como una vieja lepra.—Oh, no, no... —rechazó vivamente—. Estás infectado... Es la peste...

- — ¿La peste? —el anciano le miró, dolorido, se encogió de hombros—. ¿Qué importa ahora eso, hermano? No me darán tiempo a que esa dolencia siga comiendo mi carne. No nos dan ya tiempo a nada. Los sismógrafos indican que el Gran Terremoto está cerca... Las agujas suben sin cesar. Igual que el calor. Igual que la angustia de respirar este aire del infierno. . Hermano, vamos a morir todos, apestados o no...
- — ¡No soy tu hermano! —aulló Gundar, rebelde, echándose más atrás todavía.— ¿No? —el anciano le miró tristemente. Ya no parecía dolorido por sus palabras, por su evidente desprecio—. Te entiendo. Tú eres de ésos. Debí imaginarlo. Eres demasiado arrogante, demasiado joven y vigoroso, demasiado bien vestido y saludable de aspecto para..., para ser uno de nosotros. Un «desechado», ¿entiendes? No, tú eres de otra casta. Tú eres un militar, o un científico, o un técnico. Algo grande, seguro. Uno de ellos, de los orgullosos humanos que se creen superiores y diferentes. Siempre hubo

gentes como ellos. Y como tú. Unas veces hicieron distinción de castas, otras de condición social. O de razas. Siempre ha habido prejuicios, intolerancia. Nuestra hermosa Era final no iba a ser diferente. Y estabais vosotros, los orgullosos. Los grandes, los perfectos. Y nosotros, los despojos de la raza humana, los desheredados... Bien, altivo Ciudadano Superior..., ¿y qué eres ahora? ¿Qué esperas ahora? ¿Acaso te va a salvar tu arrogancia, tu poder, tu salud, tu vigor, tu inteligencia, tu carencia de defectos físicos, de enfermedades, de todo lo que vosotros mismos habéis dado a otros, para hacerlos inferiores? No, hermano. Porque eres hermano, te guste o no. Hermano mío, hermano de todos los que vamos a morir. ¡Y tú vas a morir con nosotros! Ellos, tus amigos, tus iguales, te dejaron. Te abandonaron aquí, ¿no es cierto? No tenías cabida en la nave, ¿verdad? Oh, claro que no. Ya veo en tus ojos, en tu gesto, que acerté...— ¡Calla!—Te duele, ¿eh? Sí, ya entiendo. La nave... La salvación. El vehículo para los elegidos. Pero tú no estás entre ellos. No cabías. Sortearon, y te quedaste fuera. Porque allí sólo caben determinado número de personas. Sólo hay agua, aire respirable, alimentos, alojamiento, ropas, para un número de seres. Esas cosas son inflexibles. No puede haber fallos. Una sola persona más, podría desequilibrar todo el proyecto de salvación. Y te tocó a ti. También tú has sido «desechado», ¿te das cuenta? Como nosotros todos... Como los pueblos negros, los pueblos enfermos, las mujeres y niños deformes... ¡Todos fuimos rechazados, lo mismo que tú ahora, pese a tu perfección, porque no teníamos sitio en su civilización!— ¿Callarás de una vez, viejo loco? —aulló Gundar, precipitándose sobre él, aferrando su cuello, zarandeándole, con violenta ira, hasta hacerle caer de rodillas en tierra, perdiendo su cayado—. ¡No quiero escuchar tus estupideces! ¿Lo entiendes? ¡No quiero oírte, embustero del diablo! ¡Yo soy diferente a todos vosotros! ¡No soy un despojo humano, soy un hombre muy diferente a toda la escoria que queda en este sucio planeta!Se apartó, exasperado. Los ojos pálidos del viejo se fijaban en él, con tristeza. Recuperó su báculo, y se incorporó trabajosamente. La pestilencia de su cuerpo enfermo, era más sensible en aquel aire ardiente.—Eres diferente... y sin embargo, te quedaste entre nosotros. A esperar la muerte... —suspiró el anciano, moviendo la cabeza—. Que Dios se apiade de ti. Y que te ayude a sobrellevar estos últimos momentos. Es lo único que le pido. Adiós, hermano...Se alejó, cojeando ligeramente sobre sus piernas esqueléticas, apoyado en su báculo oscuro y retorcido sobre la tierra caliente, que crujía de vez en cuando bajo los pies, acusando los pavorosos

desprendimientos y grietas del subsuelo.Gundar se quedó solo. Siguió adelante, con el sudor resbalando por su rostro pétreo y curtido, bajo los cabellos de un rubio níveo, casi blanco, que brillaba como plata a la luz cárdena del cielo infernal.Pasó junto a un poblado donde los negros de ambos sexos, arrodillados, elevaban sus ojos al cielo, chorreantes de sudor sus oscuras y lustrosas pieles. El murmullo de los rezos flotaba en el aire, como el propio calor, ya irresistible.Dejó atrás el poblado negro, y alcanzó una hondonada donde algunos seres se entregaban al frenesí de una orgía. Más allá, unos hombres ascéticos invocaban a Dios, pidiendo por sí mismos y por los que de ese modo pretendían olvidar el apocalipsis cercano.En una cima, enfermos e inválidos se agrupaban ante una cruz de maderos retorcidos, hincada en tierra, llorando y pidiendo clemencia al Señor.Gundar meneó la cabeza, con desaliento. Siguió adelante, hasta enfrentarse a un largo y áspero desierto arenoso, que un día fuera mar. Cascos de embarcaciones carbonizadas en su casi totalidad, aparecían dispersos en el paisaje, como un perfecto contrasentido. Donde antes hubiera oleaje fresco y rumoroso, ahora sólo había arenas rojas, que se tornaban candentes por momentos.Gundar se aferró a unas rocas cuando trepidó el suelo bajo sus pies. Se quemó las manos pero siguió agarrándose, mientras una serie de profundas grietas se abrían en torno suyo.Un alarido colectivo y terrible sonó allá atrás. Giró la cabeza. La hondonada donde se entregaban a orgías desesperadas, habíase profundizado y ensanchado más. Unas bocanadas de humo rojizo brotaban de ella, haciendo huir con gritos de terror a los oradores.De los depravados, no quedaba rastro. Su orgía había terminado en el fuego purificador.Era sólo el principio. Las convulsiones siguieron unos momentos. Rodaron enormes peñascos, y se hundieron algunos promontorios. Luego, cesó el ruido interior. Sólo se percibió un sordo borboteo, allá en las entrañas del planeta Omega. La superficie recobró su aparente calma.Gundar sabía cuan engañosa podía ser aquella calma. En breve tiempo, se reanudarían las convulsiones, el resquebrajamiento de los suelos.

- luego, súbitamente, llegaría el final.

- Omega sería un estallido de fuego en el Cosmos. Alguien diría, en algún lugar del universo, que había una estrella nova en aquel lugar. Y ése sería el epitafio a un mundo habitado.—Dios mío... —susurró Gundar—. Dios mío, ¿por qué yo, entre todos ellos? ¿Por qué yo?

- pensó en la nave, mientras andaba sin rumbo fijo, sobre aquel suelo abrasador. Y pensó en Ilya. Y en Darko, su pequeño.

- Y esperaba que, cuando menos, ellos siguieran adelante, y encontraran un nuevo paraíso terrenal, en algún rincón del Cosmos.Mientras él saltaba en pedazos, en una simple estrella nova…

-

- ## Primera Parte*APOCALIPSIS Y…*
- ## CAPÍTULO PRIMERO
-

- — ¿Y papá? ¿Dónde está papá?Ilya contuvo sus lágrimas. Era fuerte. O quizá, simplemente, sabía ser fuerte. Sobre todo, cuando era absolutamente preciso serlo. O parecerlo.Se limitó a apretar con fuerza las manos de su hijo. A acercarlo a sí un poco más. Y a darle una excusa. Una excusa tonta, como todas las excusas que se dan a los niños, pensando que, además de niños, son necios y ciegos:—Tuvo que hacer algo importante para todos nosotros. Estará pronto aquí, hijo. No temas. El volverá pronto.El niño dejó vagar su mirada por las brillantes cúpulas cristalinas del interior aséptico y luminoso de la nave. Luego, repentinamente, su voz sonó apagada, triste, melancólica y como lejana:—El nunca volverá, ¿verdad, mamá? Papá se quedó allí para siempre…—Pero, ¿qué dices, Darko? —se horrorizó ella, mirándole angustiada.—Mamá… Omega va a estallar —dijo el niño—. Todo el mundo en la nave habla de eso. Y los que se quedaron van a morir. Papá se quedó, ¿no es verdad? Entonces… también él va a morir.—Hijo… —ella sintió una congoja terrible, deseó estallar en llanto. Pero sin saber cómo, se dominó. Y volvió a abrazar a su pequeño, con manos que temblaban. Y su murmullo tuvo un aliento y un tono de sinceridad que hubiera engañado a cualquiera. Ella sólo deseaba que pudiese engañar al niño. Sólo eso… Y habló, habló persuasiva, como si ella misma creyera lo que estaba diciendo —: Hijo mío, es diferente. Los demás…, los demás son…, son los «desechados». Los inferiores. Algún día aprenderás que nuestro sistema político y social rechaza a los inferiores. Negros, inválidos, enfermos, deformes… Es inevitable. Ya no somos aquella humanidad que hace siglos, de la antigua Era Cristiana, allá en nuestro planeta de origen, la Tierra. Somos solamente un puñado de seres. Unos miles, hasta hace poco. Unos cientos, desde ahora. Tan pocos, querido Darko… Hemos de cuidar de la especie, evitar taras, defectos posteriores, una raza decadente

para el futuro... Así fueron exterminados los miembros de otras razas. Incluso los poderosos amarillos. Negros, quedaban pocos ya. Y enfermos e inválidos, cada vez menos. Ahora, los últimos se quedaron en Omega. Es su destino. No podían esperar otra cosa.— ¿Y papá? —musitó el niño, con ojos muy abiertos—. El es fuerte, poderoso, lleno de salud... Es guapo, es grande...—Sí, hijo. Guapo, grande, fuerte... —otra vez sus ojos se humedecían, su corazón palpitaba fuertemente en el pecho—. Pero tenía algo que hacer. Algo importante para todos. Y se quedó para llevarlo a cabo. Pero luego volverá. Una vez cumplida su misión, en favor de los demás humanos..., tu padre volverá, hijo mío.

- Hubo un profundo silencio. El niño parecía dudar. Vacilaba, indeciso entre sus convicciones y la firmeza de su madre.
- En ese momento sonó la voz, dura y fría:— ¿Por qué engañas al niño, Ilya? ¿Por qué no le dices la verdad? ¿Por qué no le confiesas, de una vez por todas, que su padre jamás volverá, y que su destino es morir junto a los «desechados»?— ¡Flagstaff! —se volvió ella, furiosa, irritada, con el rostro repentinamente pálido, aunque sólo para enrojecer seguidamente con violencia—. ¡Flagstaff, exijo un silencio compasivo! ¿Por qué hablas así? ¿Por qué horrorizas al niño con la verdad desnuda?—Porque la verdad es sólo una, y tarde o temprano él habrá de afrontarla —silabeó con frialdad el jefe de la Expedición Supervivencia Dos. Miró al niño, que se había quedado lívido, y con los ojos ingenuos muy grandes, muy abiertos, muy fijos en él—. Es mejor que ello suceda cuanto antes. Ahora mismo. Nunca he sabido de mentiras realmente piadosas. A la larga, toda mentira engendra cien mentiras más. Y esas cien mentiras, engendran mil. Y ya no se puede volver nunca atrás. Y se vive esclavo de la mentira hasta el fin de los días. No vale la pena, Ilya. No somos niños.— ¡El sí! —rechazó ella, con energía indómita, atrayendo contra sí al pequeño.— Tiene ya ocho años —le recordó secamente Flagstaff—. Pronto será un hombre. La mayoría de edad, en la Era Van Holtman, es de dieciséis años, no lo olvides. Los siglos han servido para que el hombre progrese, incluso en su madurez.—Y para que pierda en su niñez y en su adolescencia. La maldad ocupa el puesto de inocencia, la amargura, el de la felicidad —sentenció ella, lúgubre—. Eso hemos ganado con los nuevos sistemas, Flagstaff. —Yo no soy quien los creó, sino un fiel seguidor de las doctrinas actuales, en sociopolítica. Me parecen válidas para todos. Darko es un niño. Pero tiene derecho a saber lo que ocurre. Tiene derecho a saber que una computadora, simplemente, eligió a su

padre negativamente, condenándole a la muerte cierta en ese mundo agónico, de gentes inútiles y miserables.— ¡Calla ya, Flagstaff, por el amor de Dios! —gritó ella, patética.—Sabes que no puedes darme órdenes, Ilya. Ni tú ni nadie, a bordo. Ahora soy el jefe. El amo de esta Expedición de Supervivencia hacia otros planetas.—Gundar lo hubiera sido, de no ser por esa maldita computadora —jadeó Ilya, trémula.—Exacto —sonrió Flagstaff, glacial—. Pero la computadora es fría y carente de emociones. La computadora hizo su elección. El sobraba. Era el único hombre sano que sobraba en el pasaje. Nadie quiso sacrificarse por él. Lo cual es lógico. Todos somos egoístas. Nosotros antes que nadie. Y Gundar, el gran Gundar, el hombre que se creía superior a todos los demás..., ¡se ve ahora mezclado entre parásitos humanos, entre apestados, inválidos y negros, entre desechos de la humanidad perfecta de nuestra Era Van Holtman! Lo siento, Ilya, pero de no ser por tu dolor..., tendría algo de cómico todo esto.—Eres cruel. Cruel y despiadado, Flagstaff. Eres peor que la computadora, porque ella actúa desapasionadamente —silabeó Ilya, con nerviosismo—. Pero tú..., tú obras por odio, por celos, por envidia...— ¡Basta, Ilya! —avisó duramente Flagstaff—. No tolero rebeliones. Aquí, soy yo ahora el comandante supremo de la nave. Eso significa algo. Cuando lleguemos a un planeta habitable, seré candidato a la Presidencia de la Sociedad Humana. Sabes que sólo somos seiscientos veinte seres. Trescientos diez hombres, trescientas diez mujeres. Niños, adultos o ancianos inteligentes y cultos, lo mejor de lo poco que quedaba. Lo selecto. El albor de la Nueva Humanidad. Y yo... ¡YO!..., seré el jefe supremo de todos. Porque así está decidido, siempre que sepa llevaros a puerto seguro, en esta singlatura cósmica. Y si no llegáramos nunca a puerto alguno, significaría un naufragio mortal en el océano de los espacios, Ilya. Y la muerte para todos. De modo que, mientras vivamos, *yo mando.* No olvides eso.—Flagstaff..., ¿puede falsearse la programación de una computadora... *y hacer trampa?*Ilya se sobresaltó. Flagstaff palideció repentinamente, mirando con asombro a quien hacía la pregunta. Para su sorpresa, ese alguien era... Darko, el hijo de Gundar.— ¿Qué..., qué has dicho, hijo? —jadeó Flagstaff, confuso.El niño de ocho años recién cumplidos, se soltó de la mano de su madre. Avanzó con paso firme hacia el jefe supremo de la nave y de todos sus humanos ocupantes. Le miró fijamente. Parecía en esos momentos un asombroso, pequeño gran hombre.—Pregunté si se puede hacer trampa. Si sería posible que una máquina mintiese, al ser manipulada a gusto de alguien... para que mi

padre se quedase en Omega —insistió el niño, con ojos fríos, clavados en Flagstaff.—Yo..., yo no sé de ninguna computadora que... —las palabras del altivo y sereno Flagstaff brotaban confusas, torpes. Estaba rehaciéndose, sin duda, de un impacto demasiado fuerte e imprevisto—. Pero, pequeño, ¿qué ideas se te ocurren?—Tú lo has dicho antes, Flagstaff —sentenció repentinamente Ilya, muy pálida y tensa, avanzando hacia el jefe de la expedición cósmica—. Los niños ya no son tan niños hoy en día. Envejecen demasiado pronto. Maduran cuando deberían jugar aún ingenuamente. Mi hijo no es una excepción, ni mucho menos. Tiene mucho del poderoso cerebro de su padre. Te ha hecho una pregunta. ¿Por qué vacilas? ¿Por qué te estremeces y estás pálido, Flagstaff? ¿Por qué no sabes lo que has de decirle al pequeño?

- —Ilya... ¡Basta con esto! —rugió Flagstaff, iracundo—. ¡Es una estupidez del niño! ¡No tengo por qué contestarla!
- —Yo repito esa pregunta ahora. Flagstaff, ¿manipulaste *tú* esa computadora..., de modo que emitiera un veredicto negativo para Gundar? En resumen, ¿ha respondido todo esto a un crimen planeado por ti, con la excusa de un dictamen electrónico previamente falseado?—Soy el jefe aquí —silabeó Flagstaff—. No tengo por qué responderte, Ilya. Ni a ti ni al niño... Todo eso es una locura, una estupidez...—Mataste a mi padre —dijo el pequeño, con extraña, helada entonación—. *¡Tú* mataste a Gundar, mi padre, maldito seas, asesino! ¡ASESINO!Y su grito agudo, estremecido, conmovió a Ilya, que estalló en llanto. Flagstaff trató de alcanzar al niño, de abofetearle, con un soez juramento. Darko escapó, veloz, corrió hacia el fondo de la vasta sala, y corrió por el largo pasillo luminoso, por donde circulaban apaciblemente los ciudadanos de la nave, como por el interior de una mágica ciudad espacial, en viaje hacia las estrellas.Todos le miraron curiosamente. Y la curiosidad se hizo horror cuando captaron y entendieron sus voces, sus gritos agudos, su clamor inocente y desgarrado:— ¡Fue Flagstaff! ¡Ese asesino mató a mi padre! ¡Falseó los datos de la computadora, y condenó a papá a morir en Omega! ¡Le odiaba y quería acabar con él, para ser el amo de todos nosotros! ¡Es un asesino! ¡Un asesino...!Flagstaff, lívido, apareció tras él. Su faz tensa, crispada por la ira, fue visible para todos. Le miraron, mudamente acusadores. El encajó las mandíbulas con ira. Cuatro miembros de la Patrulla de Vigilancia, con su uniforme plateado, avanzaban hacia él, al percibir los gritos infantiles. Le miraron, esperando instrucciones.Flagstaff apretó los puños, virulento, conteniendo su odio devastador con dificultades.

Luego, trató de esbozar una sonrisa, una mueca de disculpa, dirigida a todos.—Lo siento —dijo—. El niño de Gundar ha debido tener alguna pesadilla... o ha perdido la razón.Supo, de repente, que nadie le creía. Eran ojos inquisitivos o acusadores los que le miraban. Hombres y mujeres dudaban de su palabra, de su excusa floja e imprecisa. Un hálito de desconfianza y tensión flotó sobre todos ellos.Luego, en silencio, casi despectivos, los peatones del corredor luminoso central, volvieron sus cabezas e, impávidos, siguieron su camino, sin mirar a Flagstaff, para cuchicheando entre sí, acaso comenzando a edificar algo más que una simple sospecha...Los guardianes plateados seguían mirando fijamente a su jefe. Este dio solamente una seca orden entre dientes:—Arresten a Ilya, la esposa de Gundar. Acusación: injurias al comandante supremo de la nave. Capturen al niño Darko. Intérnenlo en el centro de psiquiatría. Diagnóstico previo: sospechas de manía persecutoria, provocada por un complejo de amor filial. Es todo. Háganlo rápido.—Sí, señor —afirmó el jefe de la escuadra.Se dispersaron para cumplir la orden. Flagstaff, altivo, majestuoso, se encaminó a su propio centro de mando, en el puente alto de la nave, sobre los pasos interzonas y los elevadores magnéticos. La gran urbe espacial seguía su periplo fantástico por los cielos. Los reactores a fotones actuaban a tope. La travesía era perfecta. El rumbo de viaje..., las estrellas. El destino, desconocido.Por el camino, una voz partió del amplio juego de altavoces disperso por doquier, dentro del dédalo luminoso de los compartimentos y galerías de la nave:—Atención a los visores. Atención a los visores... Omega llega a su máximo grado de calor. Los terremotos resquebrajan su superficie toda. La hora cero ha sonado para el planeta Omega. Es el final. Faltan pocos segundos para que se convierta en estrella nova...Flagstaff, rápido, se detuvo ante uno de los grandes visores tridimensionales. La imagen en color reveló un planeta rojo, despidiendo llamas y humo por millones de grietas en su corteza. Todo él se conmovía, agitado por convulsiones dantescas.Una mueca fría, una especie de dura y feroz sonrisa de triunfo, estiró sus labios delgados. La pálida faz afilada, bajo el pelo negro, de un negro azul, que escapaba por debajo del casco dorado de su uniforme de comandante supremo, reveló un aire de triunfo y de gozo indescriptibles.Allá, en otra cámara de la nave, ante un visor donde la misma imagen era visible, en toda su fantástica y terrible dimensión, dos soldados de la patrulla de vigilancia, forcejeaban con Ilya, que pugnaba, desesperada, por oponerse a su arresto.Y, de repente, la voz en

los amplificadores, anunció la tremenda tragedia inminente a la esposa de Gundar, el hombre condenado. Ella dejó de resistirse. Se dejó arrastrar por la sala, sin desviar sus ojos dilatados de aquella pantalla estereoscópica.— ¡Oh, no, no! —sollozó—. ¡Es un crimen! ¡Un crimen abominable! ¡Flagstaff es culpable de esa muerte! ¡El ha sentenciado a mi esposo a morir en Omega! ¡Vean su delito! ¡Vean esa maldita matanza, de la que él es responsable!Impávidos, sin emoción alguna, los guardianes siguieron arrastrándola, fieles a la orden recibida. Pero sus ojos curiosos no pudieron por menos de fijarse en la pantalla. Y allí vieron el caos repentino, el horror desencadenado brutalmente sobre un mundo agónico, que despedía fuego y llamas desde su núcleo central.De súbito, Omega estalló.Una luz deslumbrante, cegadora, brotó de la pantalla televisora, inundándolo todo.Omega se convirtió súbitamente en estrella nova.Ilya, en brazos de sus captores, exhaló un ronco grito de angustia suprema. Y se desvaneció.Sabía que un planeta había dejado de existir. Y con él, todos los infelices desechados.Y también Gundar. Su esposo. El hombre que se creyó superior, y que en realidad lo era. El caudillo capaz de llevarles a la supervivencia y a un futuro prometedor. Gundar, el hombre que sólo tenía un defecto: sus prejuicios de intolerancia, hacia los inferiores. Su segregacionismo hacia otras razas y gentes, que consideraba por debajo de los escogidos.Su castigo final había sido excesivo. Engañado por un hombre malvado y cruel, por una máquina trucada... y muerto junto a todos aquellos a quienes consideró inferiores, a los que despreció o por quienes sintió repugnancia.Como un desechado más, Gundar se había quedado para siempre allí. En Omega, actual estrella nova. En el apocalipsis de un planeta que los propios hombres aniquilaron con sus armas y sus guerras, como antes hicieran con la Tierra.Pero Gundar, con todos sus defectos, era el esposo de Ilya. Era un hombre destinado a grandes empresas. Un hombre víctima del odio y la envidia de otro, que ahora había heredado sus atributos de poder y de autoridad.

- Y que aspiraba a poseer también a la bellísima esposa del hombre sacrificado cobardemente en Omega.
- Ahora nadie se interponía ya entre él y su triunfo. El único ser capaz de hacerlo se había quedado para siempre en el mundo convulso que acababa de morir.Eso era el apocalipsis.
- Y después del apocalipsis, ya no había nada. Ni nada..., ni nadie.

CAPÍTULO II

•

• ¿Nada? ¿Nadie?No. Algo fallaba. Esta vez, algo había fallado. No era posible, pero había fallado. Había *algo.* Y había *alguien.*Lo supo cuando abrió los ojos. Cuando observó que había cosas, formas, luz, que le rodeaban. Cuando supo que existía. Que sentía. Que pensaba.— ¿Acaso era esto la muerte? ¿Se sentía todo eso al despertar en el valle de las sombras eternas? ¿Era igual vivir que morir?Estaba seguro de que no. Eso no podía ser. En aquel momento, él tenía que estar muerto. La muerte, se decía, era la ausencia de sensibilidad a todo. A la luz, a los dolores, a los sentimientos, a la consciencia. Era el «no ser». El silencio, la oscuridad. El reposo eterno. Sin embargo...Sin embargo, allí estaba él. Rodeado de penumbras. Pero vislumbrando luz. Una rara luz ambarina, que venía de alguna parte. Estaba allí, en un lugar donde sentía su cuerpo apaciblemente en reposo, donde captaba suaves rumores de algo, casi musical, como un melodioso susurro cercano. Estaba como flotando en un ambiente luminoso y tranquilo. No era la muerte quizá, pero tampoco se parecía a la vida.No se parecía a nada que él conociera. Era igual que sobrevolar las nubes, sentirse ligero, liviano, ingrávido y fabulosamente lejano de todo lo material.Pero sus ojos veían, su mente pensaba, su cuerpo palpitaba, su corazón latía, su ser era el de siempre. Y pensaba en Ilya. Y en Darko. Y en la nave...—No —musitó—. Seguro que vivo... Seguro que estoy viviendo...Y oyó su voz. Supo que hablaba, aunque fuera consigo mismo, en una soledad apacible y serena. Supo que no estaba muerto, porque los muertos no hablan. Porque él sabía que estaba vivo. Porque aquello todavía, y pese a todas las posibles apariencias, era la vida. Con su luz, sus formas, su materia, su sensibilidad, su dolor y su alegría.Gundar trató de levantarse y no le fue posible. Era como si algo le sujetara a aquella materia sobre la que flotaba. Ignoraba el qué, pero no oprimía su cuerpo ni le causaba daño alguno. Era, sencillamente, algo inmaterial.Intentó alzar la cabeza algo más, para ver con mayor claridad el lugar donde se hallaba, las formas que le rodeaban, pero no le fue posible tampoco. Alrededor de su cuello parecía haber algo elástico, como en torno a su cuerpo. Sólo que no lo sentía más que en el momento de intentar incorporarse. Y aun entonces, era solamente una sensación difusa, sin contacto material de cosa alguna con su piel. Como si el propio aire fuera lo bastante pesado como para impedirle cualquier acción, encaminada a erguirse de su postura, tendido como se hallaba en alguna parte de un lugar desconocido.«Tendido, boca arriba, sin poderme mover, pero *viendo, sintiendo* algo... —musitó para

sí, con un escalofrío—. Dios mío, ¿estaré realmente *muerto?* ¿Será esto... el reino del eterno descanso?Cerró los ojos. Y le fue posible hacerlo. Sus párpados cayeron, nublándole la visión de la luz color ámbar y de las formas inconcretas, difusas, que creía entrever a su alrededor, como siluetas irreales, esbozadas en un sueño apacible y tranquilo, producto de sedantes y narcóticos.En la oscuridad repentina que llegó a sus pupilas, cubiertas por el velo de los párpados, trató de pensar mejor, aclarando sus ideas, intentando definir sus borrosos recuerdos...El apocalipsis había pasado.Omega estalló bajo sus pies. Se hizo añicos. Huracán devastador de fuego y humo envolvió por unos dantescos segundos el planeta. Creía recordar, fugazmente, imágenes alucinantes de cuerpos humanos que se convertían en antorchas, grietas profundas que engullían poblados y gentes, gritos patéticos de clemencia a Dios, en las cumbres de los montes enrojecidos por el calor.Luego, todo eso terminó de repente. El planeta se hizo pedazos, reventó en el vacío, vomitando desde sus entrañas el fuego de millones de pavorosos volcanes dormidos.En el firmamento, para algún remoto observador, una estrella nova centelleó en el vacío cósmico. El caos flamígero debió durar unos instantes, acaso unos pocos segundos.Luego, la nada.La muerte para todos. El silencio para Omega, el segundo planeta perdido para la especie humana. El primero murió por la demencia colectiva de los humanos: Contaminación, gases letales, explosiones nucleares, guerras bacteriológicas... La vida en los mares se extinguió, un lejano día de la Era Cristiana. Las plantas se agostaron. La humanidad agonizaba de hambre y de sed. Sequías, terremotos e inundaciones hacían su trágico juego a la eficacia destructora del hombre para aniquilar su propia obra, estúpida y ciegamente.Surgió un hombre nuevo y mejor. Van Holtman marcó el camino. Era la hora de huir, de escapar a otros mundos. La Tierra se moría. Los humanos, también.Y empezó el éxodo espacial. Mundos, soles, espacios... Nada era obstáculo para las astronaves del hombre. Rumbos diversos en el vacío, a la busca desesperada de un planeta habitable.Nunca supieron de los demás. Una nave, la de Van Holtman, llegó a Omega. Empezó la Era Van Holtman. Transcurrieron diecisiete siglos de lucha tenaz. De repente, resurgieron los odios, las guerras, las armas nuevas... Así llegó el Gran Fuego.Un arma letal que había de dar la victoria a unos sobre otros. Pero algo falló. El arma extinguió los mares súbitamente, calcinó la espesura, abrasó las junglas, incendió las ciudades, lanzó temperaturas demoledoras sobre la especie humana. El suelo de

Omega absorbió ese calor del infierno, creado en los laboratorios humanos.Luego, le dio salida.Por segunda vez en pocos siglos, los hombres destruían aquello que habían creado. Y esta vez, una rémora de millones de inválidos y enfermos, desechos humanos, quedaba atrás.Una selección forzosa, de seres perfectos física y mentalmente, formaban la tripulación y pasaje de la nave. La última esperanza de la supervivencia.Sí. Omega había desaparecido. Y con Omega, todos los seres vivos que pisaban su candente y atormentada superficie.Pero entonces, ¿qué sucedía ahora? ¿Por qué él...?Trató de recordar. De recordar desesperadamente *algo*... Algo que escapaba a su memoria, algo que había precedido al apocalipsis del nuevo planeta. Al fin de la nueva era Van Holtman...¿Qué era ello? ¿Por qué no podía recordarlo?Y, de repente, lo evocó. De súbito, su amnesia parcial se quebró como una superficie de hielo o vidrio, y pudo recordarlo todo, con nítida claridad.Entonces recordó aquella imagen fantástica.Aquella mano transparente. Aquellos dedos de vidrio...

- * * *
-
- Los dedos de vidrio.La mano transparente, como de puro cristal viviente.Allí había empezado todo. Y faltaban sólo unos minutos para el caos final. Omega empezaba a temblar y resquebrajarse, en los prolegómenos de la última sacudida sísmica, que abriría en mil pedazos la corteza del planeta ardiente.Fue entonces cuando Gundar vio la mano de los dedos de vidrio. La extraña y fantástica mano que parecía un imposible, un simple sueño enfermizo de su mente febril, cercana ya a la demencia.Acababa de llegar a aquellas ruinas. Un día habían sido una ciudad importante. Recordó su nombre borrosamente: Gran Metrópoli... ¿Qué importaba eso ahora? Un nombre no significaba nada. Era como todas las demás ciudades de Omega: un amasijo negruzco de orgullosos y altos edificios de plásticos centelleantes, convertidos ahora en muñones informes y rugosos, en ruinas oscuras y tétricas. Vías aéreas, grandes bloques, niveles residenciales e industriales... Todo había dado paso al desastre total.Allí vivieron millones de seres. Se habían salvado unas docenas de ellos. Y no todos ilesos. Muchos formaban parte ahora del hacinamiento maldito de los desechados. Heridos, inválidos, deformes... Escoria humana. Gente para la matanza final.En otras ciudades ocurrió igual. Entre los supervivientes se hizo una selección final. Sólo seiscientos veinte personas perfectas. No, mentía. Seiscientas veintiuna.

- El era ese número impar, conforme dijo la computadora en su fría elección. El sobraba. El, que era el señalado para acaudillar a todos los demás. Nadie quiso sacrificarse. Ilya no podía hacerlo. Las mujeres no podían ser abandonadas bajo pretexto alguno. Eran la garantía de continuidad. Los niños no tenían voto. Y eran necesarios para la nueva sociedad.
- Así fue elegido Flagstaff como comandante supremo de la nave. Esperaba, cuando menos, que él cuidase de sus seres queridos. Pero no sentía demasiada fe en Flagstaff. Era un hombre extraño, introvertido y frío. No sabía a veces si era un amigo o un enemigo, si le odiaba o sentía aprecio por él. Nadie supo nunca lo que Flagstaff era capaz de pensar.Se había detenido en Gran Metrópoli. Era igual aquel sitio que otro cualquiera.Deambuló entre ruinas que un día fueron altos bloques, brillantes bajo los soles de Omega, resplandecientes de vidrieras abiertas a la luz. Caminó por vías de cascotes abrasados, que alguna vez fueron avenidas amplias y hermosas. Bajo sus pies, el suelo trepidaba con creciente insistencia. El fin estaba cada vez más cercano.Un edificio se mantenía milagrosamente en pie, aunque sus vidrieras estaban trituradas, su estructura torcida, inclinada sobre la calle, sus tiendas y dependencias inferiores convertidas en negros huecos informes...Gundar caminó hacia allá. Se detuvo a la puerta del edificio medio abatido. Se preguntó qué sentiría viéndose de nuevo bajo un techo, aunque inseguro. Y se dijo que valía la pena morir bajo una protección, imaginándose estar en un hogar, en un recinto donde hubiera alguien más, lejos de aquel calor de infierno que hacía hervir las calles ruinosas, los campos desérticos y los lechos vacíos de los mares.Nunca supo por qué lo hizo. Acaso era un poco instinto animal: el deseo de morir junto a una pared, buscando un rincón donde acurrucarse a esperar la muerte. Como el perro malherido o el gato enfermo.Ni animales quedaban ya en Omega. Las aves fueron víctimas del Gran Fuego. Los perros y gatos supervivientes, fueron sacrificados, para evitar una epidemia de rabia, ante la carencia de agua.Gundar se encontró en unas galerías comerciales, entre vidrieras que eran puro polvo de vidrio, aniquiladas por las explosiones ardientes de las nuevas armas letales que acabaron con la nueva era Van Holtman. Ni siquiera los productos a la venta estaban presentables. En su gran mayoría eran puros tizones o formas metálicas retorcidas e informes, difíciles de identificar. Los alimentos y líquidos hacía tiempo que fueron saqueados, cuando la locura colectiva de los humanos precedió a la calma contemplativa del final, y a los

febriles preparativos de los «elegidos», para partir en la nave.Casi sintió ganas de reír cuando vio ante sí la entrada a un recinto insólito y grotesco, que era un puro contrasentido, en aquella situación.El cartel de anuncio colgaba aún de un lado, medio desgarrado, pero legible:

- RECINTO DE ATRACCIONES¡DIVIERTASE POR UNAS MONEDAS!UN MUNDO DE FANTASIA PARA SU DELEITE
-
- Atracciones... Monedas... Fantasía y deleite... ¿Qué diablos significaba ya todo eso?, pensó amargamente Gundar, adentrándose en el recinto, pese a todo.Por unas grandes vidrieras pulverizadas, el rojo resplandor de los soles y del cielo candente penetraba a raudales en el lugar, restándole toda posible magia. Las luces artificiales, del recinto habían estallado hacía tiempo, lo mismo que las vidrieras y anuncios luminosos de la mayoría de atracciones. Las galerías hechas para divertir y deslumbrar, ofrecían el aspecto de una extraña ciudad de barracones absurdos, olvidados por los hombres que ya no sabían lo que era reír o divertirse.Acaso tratando de olvidar el presente y llegar a imaginarse que estaba aún en un pasado imposible, Gundar siguió adelante, entre las atracciones desoladas, entre mascarones que reían, anuncios tentadores para divertirse, taquillas, espejos quebrados, luces rotas y apagadas, cambios multicolores que ya no se movían...Pero no era fácil olvidar la verdad presente, terrible y demoledora. El suelo se estremecía, todo temblaba, el planeta entero rugía, cercano ya al caos definitivo.De repente, Gundar se detuvo. Miró ante sí.Y vio los dedos de vidrio. Vio la mano cristalina, tendida misteriosamente hacia él.No tenía nada de particular, en principio. Pero era raro. Resultaba extraño que todo vidrio estuviese roto, todo cristal, pulverizado por las sacudidas anteriores, por el Gran Fuego devastador. Todo... menos aquella mano extraña, que irradiaba luz. Su débil fluorescencia destacaba en la oscuridad de la olvidada feria.— ¿Qué es eso? —masculló—. No lo he visto nunca, antes de ahora.Era una barraca más de atracciones. Una curiosa atracción de muros metálicos, espejeantes. No se había quebrado, porque era de un metal plastificado, bruñido, color plata. Su propia imagen se reflejó sobre los muros, junto a la mano de vidrio.La mano asomaba del muro, como invitando al visitante a entrar. Era una mano delicada, sensible, singularmente reproducida en la materia cristalina, levemente luminosa. Emergía bajo un rótulo aún legible sobre los vidrios astillados brutalmente por la hecatombe, y sin duda luminosos en otro tiempo:

- ¡ENTRE, ENTRE PRONTO, SI AMA LO DESCONOCIDO! CONOZCA AL MISTERIOSO SER DE LOS DEDOS DE VIDRIO, AL INVISIBLE DIABLO OUE LEE SU PORVENIR E INFLUYE EN SU DESTINO. NO LO DUDE. ENTRE. ES LA MANO FANTASTICA, QUE SEÑALA A SU FUTURO
- Gundar sonrió, sacudiendo la cabeza. Todo eso que hacía las delicias de las personas de toda condición, en los momentos intrascendentes de su vida... era ridículo ahora. Casi sarcástico. Una burla sangrienta e involuntaria. Pobre gente... Los que realizaron todo aquello, ¿dónde estarían ya? ¿Dónde, sus cadáveres abrasados o triturados?Sin embargo, clavó los ojos en la mano.La mano...Era raro. Parecía de vidrio. O de cristal. Pero si lo era, se hubiese quebrado al ocurrir el desastre. Como todos los demás elementos frágiles de las grandes urbes derruidas.No era así. Estaba intacta. Y, además, sus dedos sensitivos, frágiles, delgados, como de mujer, emitían ese raro fulgor difuso, como una fosforescencia especial, azulina. ¿De dónde llegaba aquella luz? ¿Era una materia plástica luminosa? No había ya luz en el mundo, salvo la de los soles y el fuego devastador. Nada más que eso.Miró la puerta del recinto. Se encogió de hombros. ¿Qué más daba morir en un sitio que en otro? Cuando menos lo haría lejos de todos aquellos desdichados que se lamentaban y sollozaban, implorando a Dios, sus brazos al cielo, bajo el implacable fulgor de los soles de Omega.No es porque sintiera ya por ellos la aversión xenófoba o racista de antes. No. Era algo diferente. Experimentaba una gran compasión por todos. Más que por sí mismo. Porque ellos tenían miedo. Ellos lloraban y rezaban, esperando aún el milagro imposible de su salvación. Ellos, que estaban tullidos, deformes, que eran despreciados o sufrían terribles enfermedades de repugnante aspecto, se aferraban a la vida con más ansia, con mayor avidez que él mismo, lleno de vitalidad, energía y vigor.Pero era preferible morir lejos de esas patéticas, alucinantes escenas de terror, angustia y desesperación. Allí mismo, por ejemplo. Junto a la pintoresca y extraña mano de vidrio que, según sus comerciales explotadores, podía leer el porvenir, influir en el destino y señalar su futuro...Con una vaga sonrisa irónica, burlándose un poco de sí mismo, se aventuró dentro del recinto metálico, a través de su puertecilla angosta, donde antes costaba unas monedas aventurarse en pos de lo desconocido.No podía sentirse defraudado. No había esperado nada de nada. Todo aquello era un simple juego de distracción, de olvido de la tremenda realidad del exterior. Allí dentro, en la cabina oscura donde se hallaba, todo parecía más leve y lejano. Incluso el

suelo parecía temblar con mucha menor intensidad.Tanteó. Sus ojos se habituaron a la oscuridad, que no era total. De alguna parte, no sabía de dónde, llegaba una tenue luminosidad difusa, que diluía las densas tinieblas.Había un asiento. Y un extraño proyector, y unos artilugios abatidos o rotos por el caos reciente. Todo olía a abandono, a viejo, ha olvidado. Como aquel mundo agónico que iba a reventar, de un momento a otro, en millones de fragmentos incandescentes.Gundar suspiró, echándose atrás. Apoyó la cabeza sobre algo oscuro y blando, que producía un efecto confortante, adormecedor casi. Musitó para sí, con cierto deleite:—Oh, Dios mío, si fuera posible dormir… Morir estando dormido… y no despertar jamás… Sería demasiado hermoso y sencillo…Se mantuvo quieto, con los ojos cerrados, respirando pausadamente, en un relax apacible. Hubiera querido que la muerte llegara así. Como de puntillas, sigilosa, intangible.Pero sabía que eso no podía ser. Sería rápido, eso sí. Pero terriblemente doloroso y brutal. El cataclismo lo arrasaría todo en simples instantes. Aquellos breves segundos serían una eternidad de angustia y horror para sus víctimas.Gundar no sentía miedo a morir. No tenía ya miedo a nada. Había perdido esa capacidad. Pero pensaba en Ilya. En Darko. En la nave… y en el futuro de los que allí viajaban hacia las estrellas. ¿Hacia dónde, en realidad? ¿En pos de una esperanza… o de una utopía?Seguía con los ojos cerrados, Mintiendo el estremecimiento sutil del suelo de Omega, bajo sus pies. De repente, una extraña, ingrávida sensación de vida cercana le invadió. Fue un sentimiento fugaz. Lo apartó de su mente, sin abrir siquiera los ojos, rechazándolo de plano, como algo imposible de todo punto.Y siguiendo el hilo de sus pensamientos, hablando consigo mismo en aquella quietud, en aquel rincón tranquilo y olvidado, su voz continuó un susurro reflexivo, amargo, desesperanzado:—Sería aún más hermoso vivir. Seguir existiendo, continuar en alguna parte del Cosmos siendo alguien, siendo quien ahora soy… Me gustaría huir del cataclismo, librarme de la muerte. No por mí, sino por ellos. Por albergar la remota esperanza de ver otra vez, en algún lugar del espacio y del tiempo, en algún rincón del universo y del futuro, a mi hijo y a mi esposa Ilya… Sí. Desearía con toda mi alma vivir. ¡Vivir! Quizá para ser mejor. Para ser distinto. Para ayudar a los que sufren, a los que son apartados de los demás, a los desheredados de la fortuna, a los… los desechados, sí… Quisiera vivir para merecer un mejor recuerdo cuando muriese… y no el que ese pobre viejo del báculo retorcido y las palabras de amor y de dolor se llevará de mí hacia la

eternidad... Vivir, Dios mío. Algo imposible, algo que me está vedado ya. Algo que no me corresponde y que nada ni nadie me puede ya otorgar.Respiró hondo. Se mantuvo quieto, en silencio, en reposo absoluto, en las fronteras mismas de un dulce y tranquilo sopor confortante, que era un gran alivio físico y mental...De repente, escuchó aquellas palabras:—Vivir... Yo puedo darte eso que pides...Se estremeció. Agitado por una convulsión brusca, abrió los ojos a medias, clavándolos en el oscuro techo casi invisible. Se quedó así un instante, sintiendo un frío y repentino sudor en su piel.No, no era posible. Nadie pudo responder así a sus palabras apenas susurradas. Nadie se molestaría en preocuparse de sus deseos, en semejantes momentos. Afuera, bajo los soles de Omega, los últimos seres vivientes temblaban, esperando el apocalipsis. O lloraban, o rezaban, o se entregaban a excesos delirantes. Nadie iría allí, a aquel rincón insólito, a hablarle de algo que sólo a él interesaba.

- Y sobre todo con aquella voz. Aquella extraña, dulce, tenue voz...
- —No —jadeó—. Sin duda lo imaginé. Acaso empecé a dormirme... y tuve una alucinación. Nadie pudo hablar aquí. Estoy solo en este lugar... La gente hace tiempo que huyó de las ciudades derruidas, de los escombros y cascotes...Volvió a entornar sus párpados, con una sensación de amargura, por imaginar cosas que no eran.
- Y la voz volvió a sonar. Melodiosa, dulzona y adormecedora. Sutil y sedante como un efluvio de flores hipnóticas:
- —No lo imaginaste. No te has dormido. Estoy aquí, Contigo. Y voy a concederte lo que me has pedido...Esta vez no había dudas. Gundar pegó un respingo. Se irguió, abriendo mucho los ojos, buscando a alguien.No había nadie. Sólo la penumbra, la luminosidad difusa de alguna parte. Respiró con fuerza. Sintió que sus sienes martilleaban. ¿Estaba empezando a volverse loco, tal vez?—No, no —susurró—. No es posible...—Sí es posible —respondió alguien—. No me ves, pero estoy aquí. A tu lado.— ¡Me estoy volviendo demente, sin duda! —aulló Gundar, palideciendo, y dando un par de pasos atrás—. No veo nada, no veo a nadie... y escucho esa voz...—Está bien. Verás algo más de mí. Todo cuanto puedo mostrarte —susurró la voz que parecía no llegar de ninguna parte que flotaba en torno suyo, como algo que estuviese en el propio aire que respiraba—. Mira...

- miró.

- vio aquello, aunque no podía creerlo.

- Vio la mano de vidrio, luminosa, fosforescente en la oscuridad, moviéndose ante él, acercándose a él, con una amistosa forma de mover suavemente los dedos.¡Los dedos de vidrio se movían como algo vivo, mientras la mano luminosa flotaba en la penumbra hacia él!Gundar no sintió miedo. Sólo asombro, incredulidad. Su voz sonó trémula, insegura:— ¿Cómo es posible? ¿Y aún afirmas, quienquiera que seas, que no estoy soñando? ¿Es esto un truco de barraca de diversiones... o una realidad fantástica, que no logro entender?—No hay trucos aquí. Nunca los hubo, aunque esta mano mía permaneció aquí cautiva por un tiempo, imposibilitada de liberarse de quien la logró dominar y controlar... Ahora, hombre incrédulo, prepárate a dar un gran salto. El mayor que ser humano alguno dio en su vida. — ¿Un salto?—Sí. El que tú mismo has pedido. El tiempo, tu tiempo, se agota ya. El de todo lo que nos rodea. Esto se termina. Va a destruirse de un momento a otro. Y tú deseas vivir.—Pero... ¡pero es imposible sobrevivir! —jadeó Gundar, aturdido.—Toma mi mano. Oprime con fuerza mis dedos... y verás como no es imposible. Tú mismo lo verás... Ven. Mi mano te espera... Aprieta fuerte, apenas sientes los dedos míos entre los tuyos.—Se... se quebrarán...—No. Son fuertes como el destino. No temas. Limítate a apretar. Y sobre todo, no los sueltes. Por nada del mundo te desprendas de mi mano, si deseas realmente vivir... Ven. Sí, así... Así...
- Y Gundar tomó aquellos extraños dedos cristalinos. Y apretó. Y aquella extraña materia luminosa, vidriosa y transparente, apretó también sus propios dedos...
- Y después... Después, llegó el caos.
-
- * * *
- Flagstaff se sentó fríamente ante ella. La miró, imperturbable.— ¿Dónde está mi hijo? —preguntó Ilya, trémula.Flagstaff se limitó a encogerse de hombros y dar una respuesta imprecisa:—Está seguro. No hay problemas con él.— ¡Quiero ver a mi hijo! —reclamó ella, exasperada, acercándose a él con rapidez.Uno de los dos guardianes de uniforme plateado cruzó ante ella su brazo vigoroso, sujetando un arma. Fue como una barrera contra la que se estrelló su impulso. Forcejeó en vano. Fue rechazada.—Ilya, tú sabes lo que es la ley. Nuestra ley —silabeó Flagstaff lentamente, con tono incisivo—. Quebrantarla es grave. Muy grave. Especialmente en situaciones de la máxima emergencia. Una operación de supervivencia es la

mayor emergencia conocida por la raza humana. No debe haber nada que pueda ponerla en peligro.—Yo no he puesto nada en peligro, Flagstaff. Ni mi hijo tampoco. ¡Es una infamia retenerlo como si fuese un criminal! ¡Darko tiene sólo ocho años y no es un peligro para nadie!—Debes serenarte —rió Flagstaff, entre dientes—. Nunca he considerado un peligro a ese muchacho. Nadie le ha tratado como un prisionero. Sencillamente, sufre una rara psicosis, a causa del trágico fin de su padre, y debe ser tratado en el centro de psiquiatría de a bordo.— ¡El centro de psiquiatría! —el horror asomó a la faz hermosa, repentinamente lívida, de la esposa de Gundar—. ¡Eso es peor que matar a un ser humano! ¡Le alterarán sus funciones psíquicas y mentales! ¡Harán de él un niño diferente, que habrá olvidado totalmente... a su propio padre! ¡Una especie de robot humano, que obedecerá órdenes ciegamente! ¡Eso es lo que pretendéis hacer con mi hijo!—Ilya, sigues cometiendo errores —suspiró suavemente Flagstaff, como si toda aquella conversación en su cámara privada del puente de mando le fastidiara sobremanera —. Nadie va a torturar a tu hijo ni a hacer de él algo nuevo. Sencillamente, se le regenerarán ciertos puntos sensibles de su cerebro, para que reaccione sin estridencias ni histerias peligrosas para el equilibrio mental de los demás ocupantes de esta nave.— ¡Es un modo solapado e hipócrita de decir que haréis de él un niño sin alegrías, sin iniciativa propia ni sensibilidad! ¡Conozco los métodos de nuestra vil política de seres superiores, la que nos ha llevado a la hecatombe! ¡Igual que hicisteis con los desechados, con el mayor y más cruel desprecio a la especie humana en general! ¡Sois todos unos criminales sin conciencia, unos cobardes asesinos de cuerpos y de almas, malditos seáis todos!— ¡Ya basta! —rugió Flagstaff, incorporándose con arrogante violencia. Su atavío púrpura de juez especial político, cargo automáticamente ejercido siempre por el comandante supremo de cualquier nave de emergencia, así como por el presidente en funciones del Gobierno de los humanos, revoloteó en torno a su alta figura autoritaria, cuando caminó unos pasos hacia Ilya, enfrentándose a ella con virulencia—. No voy a soportar más tus insultos, mujer. Estás quebrantando gravemente las leyes de a bordo, que son ahora las únicas en vigor, mientras no lleguemos a lugar firme, donde proseguir la existencia. De modo que ya sabes bien la rigidez con que aquí se aplican esas legislaciones de urgencia. Los insultos e injurias al sistema y a su gobernante significaban la pena capital para el rebelde, puesto que su vida es un peligro para el bien común de la sociedad. Ilya, lo siento por ti, pero te

concedí todas las oportunidades de que fui capaz. Como veo que no es posible domar tu intransigencia y tu hostilidad, debo pronunciar sentencia inmediata, sin juicio previo. En el cumplimiento de las atribuciones especiales, conferidas durante una operación de supervivencia, yo te sentencio a ser ejecutada, en el plazo de veinticuatro horas terrestres, en la cámara de gas letal.—Dios mío… —Ilya, muy pálida, cerró los ojos. Sólo supo musitar, a flor de labio—: Darko, hijo mío… ¿Qué será de ti entonces, sin tu padre, vilmente asesinado por Flagstaff, el usurpador, y sin tu madre, ejecutada en nombre de una ley monstruosa y cobarde?—He escuchado demasiadas intemperancias tuyas, mujer —masculló, colérico, Flagstaff, dirigiendo un gesto autoritario a sus hombres armados—. Lleváosla… Y que Dios se apiade de tu alma, Ilya.—Dios estará conmigo cuando deba morir —musitó ella, con altivez—. Pero difícilmente podrás tenerlo a tu lado cuando llegue tu hora de dar cuenta de tan ruines y criminales actos de poder, Flagstaff. —Recuerda que la sentencia se cumple en veinticuatro horas —dijo él, con frialdad—. Y que sólo mi clemencia particular podría salvarte. Clemencia que no dudaría en concederte, a cambio de tu promesa de matrimonio conmigo, Ilya. Es cuanto puedo hacer por ti en este trance para mostrarte mi magnanimidad.— ¿Casarme contigo? ¿Con el monstruo que falseó las máquinas para asesinar a mi esposo Gundar? —se horrorizó ella, mirándole con asco y vergüenza—. ¡Antes preferiría mil muertes dolorosas y prolongadas, que verme en brazos de tal ser sin conciencia ni dignidad humana, Flagstaff, asesino y falsario!— ¡Ilya! —aulló él, lívido, centelleantes de cólera sus ojos, conteniendo difícilmente la mano que se alzó para abofetearla—. Ilya, mi oferta sigue en pie… por lo mucho que te amo. Piénsalo. Es tu única esperanza.—Amor —susurró ella, estremecida, cuando ya el temible juez y jerarca de a bordo desaparecía por la puerta deslizante, que se ajustó, inexpugnable, al desaparecer también los dos soldados tras su jefe—. ¡Amor, ha dicho! ¡Sucia y baja pasión, por la cual hizo matar a mi amado Gundar, allá en Omega!Y contempló, aterrada, la vacía pantalla de televisión que, desde lo alto del muro donde aparecía incrustada, le mostraba solamente la negra inmensidad del espacio, salpicado de mundos, estrellas, galaxias… Pero con un hueco tangible, allá donde una vez hubo un planeta alumbrado por dos soles gemelos. Un hueco que, por un instante, ocupó una estrella nova en el firmamento.El hueco, el vacío de muerte y de apocalipsis del planeta Omega. El hueco, el vacío doloroso y cruel de la pérdida de

Gundar.Gundar, a quien solamente vería más allá, en el reino de las tinieblas eternas, dentro de veinticuatro horas.Porque ella nunca sería la esposa de Flagstaff, el asesino. Nunca.

-
-
- ## CAPÍTULO III
-
- El caos. El apocalipsis. El gran desastre final.Para Gundar fue como el estallido de mil soles dentro de sí mismo, de su cráneo y de sus ojos deslumbrados. Su cuerpo, estremecido por la flamígera convulsión de titánicas proporciones, que reventó la corteza de Omega como si fuese un simple fruto maduro, lanzando los fragmentos incandescentes al mar oscuro de los espacios cósmicos, pareció también reventar en aquella apoteosis dantesca de horror, de fuego, de sangre y de muerte.Luego se sintió sumergido en una oscuridad insondable, infinita y como flotante, donde su cuerpo volteaba en una espiral sin principio ni fin, hacia alguna parte o hacia donde la nada total se sumía en el vacío absoluto.Entre sus manos creía percibir la tibieza fresca de unos dedos sensibles, apretados, cristalinos y luminosos, que le condujeran por sendas invisibles hacia mundos ignotos y lejanos, por encima de la vida y de la muerte.Tras él, el cielo todo era una viva luz incandescente.
- Todo estaba bañado en la claridad alucinante de una estrella nova que fuera planeta. Gentes inferiores, desechados, enfermos, tullidos, desaparecían en la vorágine de fuego y de estruendo, absorbidos por el caótico torbellino ardiente. Víctimas de una sociedad y de unas leyes injustas y crueles, condenados a morir indignamente, abandonados a su suerte por quienes se creían superiores y perfectos, solamente por el hecho de poseer salud, vitalidad física y pureza racial.
- El holocausto supremo y malvado de los jirones de una raza decadente, era el precio pagado, el tributo a la evasión hacia otros mundos donde sobrevivir. Y Gundar, mientras flotaba en el silencio eterno e impresionante de aquella dimensión ignorada en que se movía hacia lo desconocido, se preguntaba si habían sido justos los hombres, si merecerían el derecho a sobrevivir, cuando no dudaban en sacrificar a sus propios semejantes, por un mal entendido espíritu de perfección, por una segregación humana sin conciencia ni razón.Recordó vagamente, como si flotaran junto a él mismo, unas lejanas palabras proféticas, pronunciadas por los labios de un anciano apestado, cuyo retorcido báculo negruzco se apoyaba en el suelo agonizante, que ardía y se resquebrajaba:«Tú eres un militar, un científico o un técnico. Uno, de los orgullosos humanos que se creyeron superiores y

diferentes... Ellos, tus amigos, tus iguales, te abandonaron..., ¿no es cierto? Sortearon y te quedaste fuera. También tú has sido un desechado, ¿te das cuenta? Como nosotros, todos. Que Dios se apiade de ti. Es lo único que pido. Adiós, hermano...»Hermano...Y le había llamado hermano, pese a todo. Sin odio. Sin rencor. Con lástima infinita. Había sido la más terrible y penosa lección recibida jamás. En un solo instante, Gundar había abierto los ojos a la cruda realidad, había comprendido cuan injusto, cuan intolerante fue durante toda su vida. Cuan equivocado, al creerse superior a otros.Hermanos. Todos eran hermanos. Dios era lo único superior. Y se preguntó si Dios mismo llevaba tan lejos su lección, que ahora le estaba liberando de su terrible destino final, para que viviese, más allá de todo lo conocido, la larga agonía de su arrepentimiento y su dolor.Vagamente recordó aquella mano cristalina entre las suyas. Y la recomendación final de la voz:«—Oprime con fuerza mis dedos y verás cómo no es imposible vivir... Ven. Mi mano te espera. Aprieta fuerte, apenas sientas los dedos míos entre los tuyos. Son fuertes como el destino. Sobre todo no los sueltes. Por nada del mundo te desprendas de mí, si deseas realmente vivir...»¿Deseaba realmente *vivir?* ¿Había obrado así por puro instinto en el momento supremo y ahora, plenamente consciente, deseaba lo contrario, quería hundirse en la total oscuridad y no despertar, morir realmente, dejando de sentir, de sufrir, de pensar?Otra vez el instinto venció en la lucha interna. No soltó aquellos frágiles dedos invisibles que oprimía en la sombra. Los apretó con mayor fuerza, tras el instante de vacilación, durante el cual llegó a pensar en desprenderse, y dejarse caer a merced del fatalismo de su pasado destino en Omega.— ¿Por qué yo? —gimió—. ¿Por qué precisamente yo? ¿Por qué, entre todos los demás, he tenido que escapar al caos? ¿O no habré escapado, y esto será la antesala misma de la muerte final?Se hundió más y más en la negrura infinita. Sus sentidos dieron vueltas, su mente entró en un marasmo absoluto.

- de repente, perdió la noción de todo. Se hundió en la inconsciencia, que era un impalpable océano sin límites.

- Dejó de sentir, de pensar, de ser.Lo dejó todo, para no ser nada ni nadie.

-
- * * *
-

- ahora, esto era el despertar. El volver a la vida. Aunque nunca la hubiese llegado a abandonar, esto era el regreso a la consciencia. A sí mismo.

Pero no sabía cómo. Ni dónde. Sólo sabía que algo intangible le impedía moverse. Como si flotara en una suspensión animada, en una hibernación sorprendente, que le permitía ver, sentir y pensar, pero no moverse.

Por ello, tras la primera confusión, mientras su cerebro se abría paso en las neblinas de su incertidumbre, lo primero que pudo evocar fue... la mano de los dedos cristalinos.

La mágica mano a la cual debía, sin duda alguna, la continuidad en el mundo de los seres vivos, en alguna parte del universo donde aún disfrutaba de su derecho a la vida, lejos del cataclismo de Omega. Lejos del caos y de la muerte.

Pero sin duda también inmensamente lejos de su única razón de existir: Ilya y Darko.

— ¿Dónde? —susurró para sí—. ¿Dónde estoy ahora?

Nadie le respondió. No había nadie en derredor. Estaba solo. Solo en un mundo insólito y desconocido, donde la luz era púrpura y las formas cristalinas. No podía casi vislumbrarlas, porque una especie de neblina azulada le envolvía. Como si un recipiente intangible, pero luminoso le envolviera. Humo o gas, o quizá algo aún más sutil y liviano, enroscándose en torno al lugar donde yacía, inmóvil, con una extraña, plácida sensación de reposo y bienestar.

—Bien venido a este nuevo mundo donde la vida sigue para ti, hombre incrédulo —habló de repente la voz, en alguna parte.

Gundar buscó en vano, con la mirada, la fuente de aquellos melodiosos sonidos. No vio nada ni a nadie. Una suave risa musical flotó en el aire translúcido, como notas de un mágico instrumento melódico.

—Espera, no seas impaciente —susurró la voz—. En un momento serás tú mismo. Y nada te impedirá moverte. Las cosas no son tan fáciles como si fuesen por arte de magia.

— ¿Magia? —repitió Gundar, confuso—. ¿Qué otra cosa, si no, podría arrancarme de un mundo sumergido en el desastre, para verme ahora aquí, sea donde ello sea, dueño de mis pensamientos, de mi

conciencia y de mi vida física y mental?

—Hay mayores prodigios que la simple magia, en el gran ámbito de los mundos y de los astros habitados, hombre incrédulo —suspiró la voz—. Pronto tendrás respuesta a todo o casi todo lo que te tortura, puesto que tanto deseas saber. Imaginé que el simple hecho de vivir sería para ti más que suficiente.

—Vivir no lo es todo. No para mí, criatura salvadora.

—Ya lo veo. Ansias saber, conocerlo todo, explicarte lo inexplicable, incluso. Ten paciencia. Espera unos instantes. Y pronto serás el mismo de antes.

Esperó. No podía hacer otra cosa. Y había aprendido, en poco tiempo, a confiar ciegamente en aquella voz salvadora.

La espera no fue demasiado prolongada. Súbitamente supo que podía moverse.

Una repentina sensación de ingravidez le asaltó. Sintióse como liberado de algún lastre invisible que le aferraba al lugar donde yacía tendido boca arriba, a la espera de ser nuevamente el mismo de siempre.

Y de repente, volvió a ser Gundar, el hombre libre. El hombre capaz de moverse, de actuar por sí mismo. Se incorporó, con un lento suspiro. Miró en torno suyo, notando que parecía flotar en una atmósfera diáfana, en un ámbito liviano y sin gravidez.

Pero tenía firmemente asentados los pies en un suelo sólido, compacto. No flotaba, no se hallaba en el aire o sometido a una ingravidez fantástica. Sólo que parecía pesar menos, mucho menos, que en Omega... Y que el aire era límpido, puro, fresco y vivificador.

Miró cuanto le rodeaba. Descubrió las fuentes luminosas, de extrañas aguas iridiscentes, las columnas translúcidas, las estatuas transparentes, cristalinas, sobre soportes o pilares de singular piedra fosforescente.

Y los jardines idílicos, de extraña vegetación dorada, bajo un cielo suavemente pálido y de matices opalinos. Un lejano sol tibio, purpúreo, que parecía flotar como un remoto globo luminoso en el cielo mágico de aquel mundo desconocido.

—Cielos... —susurró—. ¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es éste, que

parece el propio paraíso?

—Todo sitio habitable es un paraíso, en principio —sentenció la voz, flotando melodiosa en el ambiente aromático y sereno del lugar —. Luego, los humanos lo convierten en un infierno. Su egoísmo, su ambición, sus prejuicios y sus pasiones, lo ensucian todo. La paz y la pureza se extinguen. El odio y la crueldad marchitan los jardines y enturbian las aguas. El mal está en el hombre, no en el lugar que habita.

—Sí, entiendo eso… Pero este bellísimo mundo en que nos encontramos… ¿Qué rincón del universo puede ser?

—Aquel en que la vida humana es posible. El más cercano a Omega, pero también el más peligroso —habló la voz.

— ¿Peligroso? ¿Este paraíso puede ofrecer peligros? —dudó Gundar.

—Todo lo hermoso puede ocultar algo de fealdad. Toda flor puede tener espinos. Lo importante es que has sobrevivido. Y aquí empieza tu nueva vida.

—Sí, eso es cierto. Eso es lo que cuenta. —Buscó con la mirada en el aire límpido y sutil. Buscó algo que no encontraba—. ¿Dónde estás tú, que hiciste posible ese milagro? Sin duda has de ser un ángel de los cielos, un ser superior, alguien dotado de poderes sobrenaturales. Una criatura angélica, descendida desde mundos intangibles y divinos…

—Te equivocas —rió la voz, con evidente tono de burla, con una ironía fresca y risueña—. Disto mucho de ser angelical. No soy lo que imaginas, hombre de Omega.

—Mi nombre es Gundar. ¿Cuál es el tuyo? ¿Dónde estás y cómo te comunicas conmigo? —deambuló entre rumorosas fuentes de colores y estatuas transparentes—. ¿Qué se hizo de tu mano de cristal?

—Mi nombre es Crisalia, dicho en tu lengua, Gundar —musitó la voz.

—Crisalia… Suena a poema, a música, a algo espiritual y diferente…

—Preguntaste por mí, Gundar. ¿De veras quieres verme tal como soy?

—Sí. Te lo ruego, Crisalia.

— ¿No te horrorizaría ver a alguien que... que no es como tú y como los demás?

—Estoy seguro de que nada puede ya horrorizarme, después de lo que he vivido en los últimos momentos del planeta Omega. Además, tú no puedes tener un aspecto espantable. Estoy seguro de que no eres así.

—No lo afirmes sin antes verme tal como soy, Gundar. Te dije que soy muy diferente a ti. Tanto, que puede causarte desasosiego, e incluso pavor, mi sola presencia.

—Tienes mi promesa de que no sentiré nada de eso. Quiero verte. Quiero saber a qué clase de criatura maravillosa y noble debo el continuar con vida.

— ¿No te arrepentirás de verme ante ti en mi real aspecto?

—Seguro que no. No puedes ser horrible, lo sé. ¿Acaso... acaso no eres humano?

—No. Puede decirse que no soy *exactamente* humano —había un punto de ironía en la voz—. Puedo parecerlo, en cierto modo, pero... no soy como tú o como tus semejantes, Gundar.

—No importa. Seas como fueres, te deberé eterna gratitud. Muéstrate tal como eres.

— ¿Ahora mismo?

— ¿Por qué no? —contempló de nuevo Gundar los jardines bellísimos, las fuentes luminosas, el agua irisada, las formas opalescentes, las estatuas transparentes, como dioses de cristal sobre soportes de piedras refulgentes. Miró el punto donde había despertado, sin duda en un estado de suspensión animada, flotando entre dos dimensiones diferentes, más allá del tiempo y del espacio. Era solamente una gran losa de materia opalina, sobre césped dorado. Algo magnético y luminoso emergía de aquella losa donde se materializara de nuevo, cuando volvió a la luz, a las formas, a la conciencia, a la vida misma. Prosiguió con tono apacible, lleno de serenidad—: Este lugar es tan bueno como otro cualquiera. Este momento, igual a otros muchos momentos. Me gustaría conocerte, sí. Saber a quién debo dar las gracias durante el resto de mi vida, por el gran don otorgado, cuando no había esperanzas. Si algún milagro

parecía imposible, ése era el de salvar mi vida, Crisalia.

—No hables de milagros —rió la voz suave, musicalmente—. Los seres como yo no podemos hacer milagros. Todo lo contrario.

—No te entiendo.

—Acaso lo entiendas cuando me veas. Y cuando sepas algo más sobre mí, tu salvador. ¿De veras insistes en conocerme, Gundar?

—Sí —afirmó él, rotundo—. Insisto. Hazte presente. Materialízate, si es que ahora posees el don de la invisibilidad o de la inmaterialidad física, que nada sé sobre ti y sobre tus facultades.

—Muy bien. Entonces aquí me tienes, Gundar, amigo mío.

Una risa suave sonó en alguna parte, cerca de él. No vio nada ni a nadie. Frunció el ceño, perplejo, buscando a un lado y otro. Hasta que un leve roce, a su espalda, le avisó.

—Es aquí, Gundar —dijo, riendo, la voz—. Vuélvete.

Se volvió.

Y vio a la persona a quien debía la vida. El ser de otro mundo que le ofreciera la salvación, sólo aferrándose a unos dedos de vidrio que parecían mágicos, allá en una feria olvidada, en Omega…

Vio a la criatura de otro lugar en el espacio. Y comprendió por qué habló así, antes de materializarse.

Aturdido, musitó:

—Cielos, no. No es posible…

Segunda Parte

¿UTOPIA?

CAPÍTULO PRIMERO

Crisalia.

Tenía allí, ante él, a la criatura llamada Crisalia, el personaje desconocido, de nombre poético y acciones mágicas, capaz de salvar a un ser humano de un cataclismo planetario y trasladarle a un mundo ignorado, quizá remoto, y sin duda alguna extrañamente bello y luminoso.

—Crisalia... —musitó—. ¿Eres *tú?* Y... ¿ése... *ése* es tu aspecto real?

—Este es —afirmó la criatura de la galería de atracciones de Omega, allá en su enorme urbe de Gran Metrópoli—. Este es mi aspecto.

—Cielos...

—Te lo dije. Es horrible, ¿verdad? Ahora comprenderás por qué yo... sólo dejaba ver mis dedos, mi mano. —Por el contrario, Crisalia. Eres hermoso. Extraño y hermoso a la vez. Eres un ser *casi* humano. No sé cómo vives o respiras, cómo hablas o piensas, cómo es tu organismo interior, que no aprecio a distinguir, pero... hay algo hermoso en ti. Como lo hay en esas estatuas que nos rodean... ¿Qué eres? ¿Un dios... o un espíritu?

—Ni una cosa ni otra —susurró la melodiosa voz de Crisalia—. Soy lo que ves, simplemente. Soy… la criatura que tienes ante ti. Sólo que mis vísceras y organismos son invisibles para tus ojos humanos. Es… es como si pertenecieran a otra Dimensión, de la cual sólo te es dado ver la envoltura.

— ¿De modo que, por tanto, eres… eres…?

—Sí —suspiró Crisalia—. Soy… *una mujer.*

* * *

Crisalia era justamente lo que parecía ser a los ojos de Gundar. Una mujer. Una fantástica e increíble mujer de otra Dimensión. Un ser de quien sólo podía ver físicamente una parte e ignorar las demás, situadas en una zona visual más allá de sus limitadas facultades ópticas. Era increíble. Todo resultaba inconcebible, desde su principio. Pero era así, y él no podía dudar de la palabra de quien le sacó prodigiosamente de un mundo en plena hecatombe.

Crisalia era una mujer.

Pero una mujer *transparente.*

Una mujer de óvalo bellísimo, de extraño cabello meloso, como de hebras de un vidrio plástico, blando y plateado. Su rostro, su cuerpo desnudo todo, sus brazos, sus piernas de estatua clásica, sus manos —sobre todo *sus manos*— eran de pura materia cristalina, transparente en algunos puntos de su anatomía, vidriosamente translúcida en otros.

Como las propias figuras de una ignota mitología, que les rodeaban en sus pilares de materia opalina, Crisalia estaba hecha de una materia viva, pero cristalina, límpida, a través de cuyo cuerpo era posible ver el paisaje, todo cuanto hubiera tras ella.

Pero no había fealdad en esa figura fantástica. Era como ver una mujer perfecta, escultural, modelada en vidrio por un artista demencial, amante de la belleza femenina.

Y sus ojos…

Sus ojos eran dos opalescentes, rasgados, oblicuos trazos translúcidos que brillaban en unos suaves destellos, que no eran sino sutiles parpadeos.

Esos ojos prodigiosos estaban fijos en él. Unos labios de cristal viviente se fruncían en una dulce sonrisa, mientras era contemplado por la criatura de otros mundos.

—Una mujer… —susurró Gundar, estremeciéndose de asombro, de incredulidad, ante tanto prodigio sucesivo, que no hacían sino permitirle dudar de su razón, de su consciencia, de sus sentidos todos —. Una mujer de otra Dimensión…

—El Universo es mucho más amplio y complejo de lo que los hombres pensáis —susurró ella, acercándose a él cuando descubrió que Gundar no parecía horrorizado ni tan siquiera mostraba aprensión, sino maravilla, ante su presencia—. Son otras galaxias, otros sistemas, otros soles y estrellas…, otras Dimensiones y formas…, allá donde las luces no son lo que tú conoces, donde los colores alcanzan tonalidades imposibles de imaginar, donde la materia adquiere naturaleza insólita e inimaginable, por la limitación del pensamiento humano.

—Entiendo todo eso, Crisalia. Muchas veces afirmé yo mismo tales posibilidades. Me pregunté, fascinado, con la mirada fija en remotas espirales galácticas, cómo sería la vida de esos soles perdidos en los confines del Cosmos, cómo serían las criaturas vivientes que pudieran existir a billones y billones de años-luz de nosotros. Pero una cosa es hacerse preguntas, crear teorías fantásticas… y otra muy distinta es verse ante una realidad tangible, ante un prodigio viviente como este de ahora.

—Gundar, creo que eres inteligente, sensible y sereno —dijo Crisalia, con voz apacible—. Solamente una persona dueña de sus nervios y de su cerebro puede aceptar como relativamente naturales ciertas cosas que chocan con su concepto de la realidad. Sí, Gundar, creo que no me arrepentiré jamás de haberte salvado con mis dedos de vidrio, arrancándote del mundo destinado al desastre final.

— ¿Por qué, Crisalia? —la miró fijamente—. ¿Por qué lo hiciste?

—No sé… Tu petición era tan desesperante… Me pareciste tan diferente a los demás… Vi inteligencia en tus ojos. Algo que no sabría definir, acaso condiciones para enfrentarte a los grandes misterios de

la vida inteligente en los mundos más lejanos. Pensé que era cruel y estúpido permitir que un hombre así desapareciera en un caos planetario. Y decidí concederte lo que pedías. Sin saber si esto es una buena o una mala obra sin estar segura de que obrase recta o equivocadamente. Pero lo hice, Gundar. Y no me arrepiento todavía de ello. Yo…

Súbitamente, Gundar alzó su cabeza. Miró con ojos centelleantes al cielo opalino, al remoto y suave sol purpúreo. Y a *algo* más que, fugazmente, había atraído su mirada, y que ahora ya no era visible.

— ¿Qué fue eso? —preguntó, con voz tensa, alarmada.

— ¿El qué? —la criatura cristalina se volvió, escudriñando el cielo de aquel mundo sorprendente—. No veo nada.

—Fue una sombra grande. Algo oscuro, que cruzó rápido por ese cielo… y se perdió.

—Lo habrás imaginado. Aquí no existen nubes. Te repito que yo no veo nada.

¿Era ilusión suya, o Crisalia, al tiempo que decía eso, evitaba mirarle con sus ojos opalescentes, y su cuerpo de materia vidriosa parecía vibrar con algo muy parecido a un estremecimiento?

Nunca estuvo seguro de ello, porque fue apenas una sensación relampagueante. Y en el cielo sin nubes, ciertamente, ya no se veía nada. Pero interiormente, Gundar siguió manteniendo aquella rara, inquietante impresión, de haber visto algo oscuro y sombrío, hendiendo vertiginoso el cielo del mundo de utopía en que parecía hallarse.

— ¿Y ahora, Crisalia? —preguntó Gundar—. ¿Qué haré ahora en este mundo que me es extraño?

—Adaptarte a él. Uno siempre se ha de adaptar a algo para sobrevivir. Y eso es lo que tú pedías, ¿recuerdas? Este mundo es habitable para tu raza. Su aire es limpio y respirable, sus aguas, frescas y potables, sus frutos dan alimento y sus animales pueden ser comidos para saciar el hambre. Aquí pueden edificarse ciudades nuevas, y este suelo puede llegar a ser para siempre tu suelo, Gundar.

— ¿Y esos hombres, dioses o lo que sean? —señaló a las estatuas en torno—. ¿No es acaso su propio mundo y no el mío? ¿Qué raza inteligente habita este planeta?

—Ninguna, Gundar. Hubo una raza en un tiempo. Desapareció. Estás viendo sus gloriosas huellas. Esos jardines, esas estatuas, todo cuanto de hermoso veas a tu alrededor, es obra suya. Eran una raza superior y remota. Se establecieron temporalmente aquí. Un día, emprendieron el regreso a sus propios mundos lejanos. Y este planeta quedó deshabitado, sin pueblos ni comunidades inteligentes.

— ¿Acaso tú eres de esa raza superior, Crisalia?

— ¿Yo? —Ella se echó a reír melodiosamente—. Oh, no, Gundar. Ellos no eran cristalinos, como sus estatuas. Ese era su arte. Una forma especial de moldear, conforme a cierta superraza que conocieron en sus interminables travesías cósmicas. Y esa superraza en que ellos basaron su arte… era la mía.

—Entiendo —suspiró el hombre de raza terrestre, mirándola profundamente pensativo—. Crisalia, te pregunté antes… ¿Qué eres tú realmente? ¿Una hechicera, un genio, una diosa, una supermujer…?

—No, Gunder. Te dije que no soy nada de eso. Por el contrario, soy algo que, entre los de tu raza, sonaría bastante mal y despertaría atávicos temores supersticiosos…

— ¿Qué, exactamente? —se interesó Gundar.

—Soy un diablo —rió burlonamente ella, mirándole con sutil ironía—. Un diablo condenado a morar en un planeta lejano y ajeno al mío, como era Omega…

* * *

Ella había tenido razón. Los frutos eran dulces y jugosos. Calmaban por un igual la sed y el hambre.

Sed y hambre… Resultaba raro pensar de nuevo en todas esas necesidades, después de la desesperación que le hizo olvidar agua y alimentos, incluso, allá en el caótico planeta Omega. Resultaba extraño, y casi insólito, volver a una normalidad fisiológica, que le exigía imperiosamente alimentos, líquidos, algo con que saciar las necesidades de su cuerpo.

Respiró con fuerza, dejándose caer suavemente en la mullida

alfombra de una dorada vegetación agitada por una brisa fresca, liviana y aromática. Contempló el cielo, el sol lejano, que daba un tibio calor, tan agradable después de las sensaciones candentes de Omega, en su hora final.

— ¿A cuántos años-luz, Crisalia? —preguntó.

— ¿Eh? —Ella se volvió, pensativa. Le miró, desde su rostro cristalino—. ¿Qué decías?

— ¿A cuántos años-luz estamos ahora de Omega y de los mundos por mí conocidos? Me gustaría saberlo.

—Son distancias inmensas. Es difícil hallar mundos paralelos, planetas habitables para determinadas razas. Este es el mundo ideal para seres como tú… y como yo también. Mis necesidades vitales son similares a las vuestras. La gravitación, la densidad y el clima de este planeta es ideal para nosotros.

—Podría decirse que es una utopía en el espacio.

— ¿Utopía? No sé si existen utopías en alguna parte, Gundar —dudó ella—. Siempre hay algo adverso, siempre un inconveniente, por sutil que sea… Pero esto se parece mucho al mundo perfecto. Cuando conozcas a Vitrox, lo entenderás mejor. El sabe muchas más cosas que yo.

— ¿Vitrox? —arrugó el ceño Gundar, incorporándose con rapidez en la hierba dorada del mundo utópico—. ¿Quién es?

—Uno de mi raza —rió ella—. No podía traerte aquí si no existía un receptor de materia, compréndelo. Ya te dije que no utilizo magia, sino poderes superiores… y ciencia también.

—De modo que el milagro fue simplemente una traslación de partículas materiales.

—Exacto. Nunca dije que hubiera milagro, Gundar. Sólo una ley física natural. Tú y yo nos proyectamos al vacío en una determinada onda de traslado, por encima de distancias, de espacios, de dificultades físicas. Nuestra materia viajó por el Cosmos, hasta ser reagrupada en este mundo, volviendo a ser quiénes éramos, antes de la disolución de nuestros cuerpos en partículas invisibles, infinitamente pequeñas.

—Transporte cósmico —susurró Gundar, pensativo—. Cielos,

algo tan sencillo... Pero supongo que aquí estaba el ingenio capaz de reconstruirnos, una vez trasladados en el espacio.

—Eso es. Y Vitrox es el encargado de ello. El, como yo, también es un diablo desterrado.

—Un diablo... —sacudió la cabeza Gundar—. No en tiendo. El diablo, en nuestro mundo, era diabólico.

—Entiendo lo que dices —sonrió Crisalia—. Vosotros llamáis diablo al propio espíritu del mal, al mal en sí. Nuestra civilización califica como diablos a quienes se apartan de la perfección mental y física, a quienes se rebelan contra algo, pretendiendo independizarse contra las normas superiores de la superraza, ¿comprendes? Y como tales diablos, o rebeldes, somos desterrados por nuestra ley, a mundos diferentes, durante un período de tiempo. Después, nuestros actos y nuestro regreso a la obediencia, marcan el perdón o la continuidad en el castigo.

— ¿Por qué el nombre de diablos, entonces? —dudó Gundar, enarcando las cejas.

—Quizá porque nuestros amos y rectores, los altos legisladores eternos, se consideran como dioses en nuestra galaxia. Y lo contrario a los dioses... son los diablos. Es un concepto puramente político y no religioso, en nuestro caso.

—Compleja sociedad la vuestra, por superior que sea —suspiró Gundar, sacudiendo la cabeza—. Bien, hermoso diablo de manos de vidrio, ¿acaso tu modo de ayudarme a salvar la vida ha sido una buena acción, encaminada a que tus altos legisladores eternos perdonen a un diablillo femenino como tú?

—Oh, te burlas de mis problemas —se quejó ella, disgustada—. No deberías hacerlo. Ansío volver a mi pueblo, a mi mundo, y seguir siendo Crisalia, una sencilla supermujer, sin el calificativo de «diablo rebelde». Pero en algo tienes razón. Los legisladores eternos de mi galaxia consideran en mucho el bien que se haga a otros seres en apuros. Y eso cuenta en los méritos propios, a la hora de ser reintegrada a mi sociedad.

—No me burlo, Crisalia —aseguró Gundar, muy serio—. Sería incapaz de hacerlo, después de lo que has hecho por mí. Sólo quería bromear. Estoy seguro de que muy pronto un diablillo como tú, y más siendo mujer, volverá a ser admitido en el seno de su sociedad y de sus gentes, con la mayor alegría. ¿Cómo fuiste a parar a una simple

caseta de atracciones, en Omega?

—Es una larga historia —suspiró Crisalia—. El propietario de aquel negocio era un ser peligroso y cruel. Poseía especiales poderes extrasensoriales. Me dominó y mantuvo cautiva, sometida a su voluntad. Nosotros somos de un elevado grado intelectual, pero dedicado solamente al bien, no al control sobre los demás, no a un afán de dominio, de lucro o de egoísmo.

—Evidentemente, los humanos tenemos mucho que aprender de seres como tú —sacudió la cabeza Gundar—. Somos todo eso que acabas de decir, y mucho más. También somos xenófobos, maniqueístas. Pensamos que el extranjero, el alienígeno de otros mundos, ha de ser necesariamente feo y malvado, que nosotros, los humanos, somos los bellos y perfectos. Y por si fuera poco, entre nosotros mismos sólo deseamos considerarnos mejores, superiores, despreciando, aborreciendo o marginando a otros hermanos de especie viviente, por el simple color de la piel, por su aspecto físico o por su salud. Estamos llenos de prejuicios, de ruindad, de intolerancia, de odios y rencores absurdos, de estúpidas pasiones egoístas... Créeme, Crisalia: ninguno de nosotros merece que se haga nada bueno por los humanos. — ¿Ni siquiera tú?

—Yo menos que nadie —afirmó rotundamente Gundar, ante la sorpresa de ella—. He sido un ejemplar despreciable de mi propia especie. He despreciado y aborrecido a otros, por considerarlos inferiores. Me creí superior y mejor. ¿Y qué era? Nada, Crisalia. Un pobre despojo humano, como todos los demás. De no surgir tú, con tu magia, tu poder, tu ciencia o lo que quieras que sea, ahora sería un fragmento más de hombre aniquilado, flotando entre pavesas cósmicas, tan igual y tan miserable como el más desventurado, feo, sucio y enfermo ser humano que se arrastró por el suelo de Omega.

—No te haces mucho favor, Gundar.

—No puedo hacérmelo. Reconozco mis errores y defectos, eso es todo. He sido tremendamente egoísta. Y estuve a punto de pagar mis culpas.

—Deseabas vivir. Y yo te ofrecí la vida, eso fue todo.

—Deseaba vivir por otros seres, no por mí. Por una mujer llamada Ilya, por un niño llamado Darko...

— ¿Amas a esa mujer? —preguntó ella, curiosa.

—Es mi esposa. La madre de mi hijo Darko. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo. Y ellos... ¿dónde están ellos ahora?

—En la nave.

—La nave... —Los ojos opalescentes de Crisalia tuvieron un suave destello de inteligencia y vivacidad—. Entiendo. La gran esperanza humana. La nave hacia las estrellas, antes del caos.

—Exacto. Allí viajan ellos dos.

— ¿Y tú? ¿Por qué te quedaste?

—Una computadora decidió. Fría y deshumanizada, señaló, por simple sorteo, al que no debía viajar en aquella nave, una vez cumplido el número exacto de ocupantes que exigía su capacidad y carga. Yo quedé excluido.

— ¿Por una máquina? —otra vez aquel fugaz destello astuto, en las pupilas fantásticas de la mujer de vidrio.

—Por una máquina, sí.

—El hombre... el hombre que programó esa máquina... ¿se llamaba acaso Flagstaff?

Gundar pegó un respingo. Miró con asombro a la diablesa de cristal viviente.

— ¿Qué has dicho? —jadeó. Avanzó hacia ella, resuelto—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo imaginé, Gundar. Es... es realmente horrible.

— ¿Horrible? —pestañeó él—. ¿Qué es lo horrible, Crisalia?

—Lo que te hicieron. Precisamente a ti.

— ¿A mí? —el asombro y la inquietud asaltaron a Gundar—. ¿Qué me hicieron? ¿Quién me hizo algo? Vamos, habla de una vez, te lo ruego.

—Flagstaff... El era amigo del ser cruel y maligno que me controlaba, y dominaba mi mente. Les escuché cuando hablaban. Supe lo que Flagstaff esperaba de él. Le pidió una manipulación especial en

la programación de la computadora... Mi amo aceptó colaborar con él. Lo harían todo de modo que pareciese una decisión de la propia máquina. Y mencionaron a alguien que debía ser elegido por esa computadora falseada.

— ¿Qué? —palideció intensamente Gundar—. Eso significaría... ¡significaría que me dejaron intencionadamente en el planeta destinado a morir en pocos minutos!

—Sí, Gundar. Creo que eso es lo que hicieron Flagstaff y mi amo. Te sentenciaron, del mismo modo que si te hubieran asesinado con su propia mano. Y te apartaron de tu esposa e hijo. ¿Tú sabes por qué?

—Cielos, yo... ¿Sabes, dices? —Temblaba Gundar, poseído por la ira y el afán de desquite—. Sólo sospecho. Flagstaff sería el jefe de expedición si yo fallaba. El comandante supremo de la nave. El futuro jefe de Gobierno de los supervivientes. Además, está ella..., Ilya...

— ¿Tu mujer?

—Sí. Ese perro... ese perro siempre la admiró. Quiso ser su esposo y ella me eligió a mí. Había llegado a olvidarlo. Creí que era un leal colaborador, no un traidor cobarde y envidioso...

—Pues así sucedió. Lo siento, Gundar. Quisiera poder ayudarte en algo, pero lo que no está en mi mano hacer es trasladarte a bordo de la nave...

—Si eso fuera posible... ¡Flagstaff pagaría con la vida su criminal traición! —jadeó Gundar, convulso—. Pero ya están lejos. Demasiado lejos de mi alcance para soñar imposibles. Nunca más veré a ese canalla frente a mí, como ya jamás volveré a ver a mi esposa e hijo.

Y abatido, hundió la cabeza. Justamente entonces, sintió algo, un lejano murmullo en el cielo.

Levantó su cabeza otra vez, con brusquedad.

Vio de nuevo la extraña mancha oscura, sombría, cruzando vertiginosa ante la mancha púrpura del sol remoto.

— ¡Mira! —jadeó, alzando su brazo, largo y musculoso—. ¡Mira, Crisalia, otra vez eso! No es ninguna nube, ninguna alucinación. He visto de nuevo algo negro, hendiendo el firmamento.

Ella miraba al cielo. Ya no podía ver nada. El manchón fugaz había desaparecido tan misteriosamente como apareciera. Pero el cabello vidrioso de Crisalia se agitó, con un temblor de todo su cuerpo transparente y delicado. Miró angustiada hacia las alturas. E inesperadamente, sus dedos de vidrio oprimieron la mano ruda de Gunder, el terrestre.

—Vamos —susurró—. Tengo miedo. Conviene que nos reunamos con Vitrox cuanto antes.

—Pero... ¿y esa mancha negra que se movía? ¿Qué es? —insistió él, preocupado.

—Es... es algo espantoso —de nuevo aquel estremecimiento inquietante de la supermujer de vidrio viviente—. Lo sabrás en su momento... Vamos, de prisa. Hay que reunirse con Vitrox. Tengo un oscuro presentimiento.

Y sin aclarar más, avanzó con rapidez, doblando aquella plástica materia que era su cuerpo, en un alarde estético y ligero de agilidad y belleza. Sus piernas bellísimas, como modeladas en vidrio quebradizo, se movieron veloces, absorbiendo terreno sobre la dorada alfombra de césped.

Gundar no conocía bien aún las reacciones anímicas de aquella criatura de otras galaxias, singularmente parecida a los humanos en su forma, pero de materia y células tan opuestas en lo físico a las de los hombres y mujeres a quienes se asemejaba como una auténtica estatua de cristal. Sin embargo, hubiera podido jurar que en esos momentos algo sucedía dentro de la mente y el espíritu del ser remoto a quien debía la vida.

Algo muy parecido al miedo. O quizá al terror.

CAPÍTULO II

—Han transcurrido dieciséis horas, Ilya. Dispones aún de ocho, exactamente, para salvar tu vida.

—Sabes que mi respuesta siempre será la misma, asesino. ¡No, y mil veces no!

—Es una locura que te obstines. Eso significará la muerte.

—Es preferible morir dignamente, a vivir junto a un ser repugnante como tú. La náusea me haría vivir avergonzada de mí misma y de mi cobardía, Flagstaff.

— ¡Estás loca, si te obstinas en esa posición! —aulló el comandante de la nave—. ¡No puedo indultarte, salvo en el caso de que aceptes ser mi esposa! ¡Tu marido ha muerto en Omega, y eso es suficiente! ¡Puedes ser la primera dama de la nueva sociedad!

—No me seduce esa idea, Flagstaff —rechazó ella, fríamente, mirándole con desprecio—. Casarme con el asesino de mi esposo sería lo último que hiciera.

— ¡Puedo incluso perdonar a tu hijo, hacerlo sacar del centro de orientación psiquiátrica, a cambio de que seas mi esposa, Ilya!

—Sé que nunca harías eso. No puedo fiar en tu palabra. Eres un traidor, un cobarde y un embustero, indigno de comportarte noblemente con nadie. No, asesino. No esperes que ese cebo te sirva para convencerme. Mi hijo seguirá allí, porque sabes que sería un peligro para ti al hacerse hombre, en su ansia de vengar a su padre, haciendo justicia en un canalla como tú, responsable de la muerte de Gundar. No me puedes engañar. Te deberás conformar con disfrutar en soledad de tu poder y de tu autoridad, ganados con indignidad y con total falta de escrúpulos.

— ¿Es tu última palabra? —silabeó Flagstaff, entornando malignamente sus ojos, duros y fríos, como si fuesen tallados en diamante.

—La última, Flagstaff. Vete. No me molestes. Cuando menos, quiero esperar la muerte serenamente, sin sentir asco por la proximidad de la basura que apesta a podrido.

Flagstaff juró entre dientes, furiosamente. Estaba lívido, convulso. Advertía que todo su actual poder, su autoridad absoluta, eran inútiles para doblegar a aquella mujer, firme y dura como un peñasco golpeado por mares turbulentos.

—Muy bien —jadeó—. Tú lo has querido. Tu hijo será reducido a un simple robot humano. Sin ideas, sin sensibilidad y sin cerebro. Tú serás solamente un cadáver, dentro de poco menos de ocho horas. Y tu voz insultante se habrá apagado para siempre.

—Mi voz puede apagarse, pero la de tu conciencia, alguna vez te martilleará hasta la locura y la agonía, asesino —dijo ella, con altiva réplica—. El mundo que quieres crear con los supervivientes, se estremecerá de horror cuando sepa la verdad de su indigno jefe.

—Nunca sabrá nadie esa verdad —dijo airadamente Flagstaff.

—La verdad siempre se sabe, no importa el tiempo que transcurra —sentenció ella, cuando ya su verdugo salía de la antecámara desde donde le hablara, a través del irrompible panel de vidrio blindado que les separaba a visitante y condenada—. Tu memoria será maldita para generaciones venideras, y tu sepultura será profanada por los que odian el crimen y la injusticia.

La puerta se deslizó suavemente, encajándose de modo hermético, tras del airado comandante de a bordo.

Flagstaff se detuvo en el corredor luminoso, cerca de uno de los

elevadores magnéticos que recorrían las altas bóvedas de los niveles de la nave, conduciendo a sus ocupantes hacia arriba o abajo, en su deambular cotidiano.

Una voz apacible habló cerca de él. —Viajamos a velocidad superluz desde hace tres horas, comandante. Las computadoras señalan las posibilidades de planetas habitables en la galaxia M-1003, relativamente cercana a nosotros. Parece que nuestro futuro se muestra optimista.

Flagstaff se volvió al hombre que había hablado con él. Lucía el uniforme oscuro del personal especializado de a bordo, y su distintivo escarlata era el de jefe de sección científico-militar, con placa indicadora del cuerpo psicotécnico, tan necesario a bordo de una gran nave espacial, en periplos inmensos, a lo largo de millones y millones de millas de vacío cósmico.

—Bien, Gork —habló gravemente—. Esas son excelentes noticias para mí, y para todos. ¿Algún problema psicológico en nuestra tripulación o pasaje?

—Absolutamente ninguno que revista importancia real —negó el hombre llamado Gork, cuyo cráneo rapado, ovoide, lustroso, destacaba por encima del oscuro uniforme. Los ojos, muy claros y helados, tenían un extraño color gris pálido, y parecían globos repugnantes, de extraña fijeza, en medio de aquel rostro pálido, impasible y carente de emociones. Añadió lentamente, con una vaga sonrisa—: Sólo ese niño rebelde…

— ¿Darko? —El comandante hizo un gesto a Gork, al tiempo que fruncía el ceño, entrando en uno de los vertiginosos ascensores magnéticos. Gork le siguió, bajando ambos hombres al nivel tres, donde se hallaba el centro de mando y control de la nave. Iban solos en aquel ascensor blanco, reservado exclusivamente a las jerarquías de a bordo. La voz de Flagstaff sonó ahogada—: Es el hijo de Gundar. Y de Ilye, la mujer sentenciada a muerte, por injurias a la máxima autoridad. Debes cuidarte de él, Gork. No quiero que piense demasiado en lo que le sucedió a su padre.

—Entiendo —sonrió malignamente Gork, entornando sus fulgurantes ojos, de un gris metalizado y frío—. Manipuláremos debidamente su cerebro. Será otro diferente cuando hayamos terminado con él.

—Eso es lo que espero. El niño sabe lo ocurrido con la

computadora. Su madre también. Ella sólo tiene ya dos caminos: ser mi esposa o morir. En ambos casos deja de ser peligrosa. Quiero que el niño también deje de serlo, sin necesidad de matarle. Gork, tú eres maestro en cuestiones de la mente. Actúa a tu modo.

—Conforme, comandante. —Una mueca sardónica curvó los labios delgados y sin color al asentir Gork. Luego, su voz tuvo un matiz burlón, significativo—: Sabe usted que soy un leal servidor, llegado el momento. Lo he probado ya, ¿no es bien cierto?

—Sí, Gork, muy cierto —le miró Flagstaff con fijeza—. Lo has probado a la perfección, en el caso de la computadora. Gundar fue la víctima de mi idea y de tu manipulación. Dominas bien a las máquinas, y creo que también a los hombres, cuando te lo propones. Como enemigo, eres peligroso. Como amigo, eres de un valor inapreciable. Pero ya sabes que te conviene seguir siendo amigo mío, y no hacerme malas jugadas. Yo puedo cubrirte de poder, de fortuna, de privilegios que no alcanzarías con nadie.

—Por supuesto, comandante. Le seré absolutamente fiel, puede estar seguro. Este es un pacto que nos conviene a ambos. —Los ojos extraños de Gork centellearon—. Y nos conviene en alto grado, señor. Le seré siempre leal. Lo mismo que en el complot para anular a Gundar y dejarle en Omega hasta el fin. Sabe usted que mi fuerza telepática y de control mental es muy poderosa. En Omega incluso llegué a tener bajo mi dominio a una criatura interplanetaria, de poderes poco comunes, una especie de diablo de vidrio, inteligente y astuto como pocos. Pues bien, controlé sus ondas mentales de tal modo, que era mi más fiel esclavo y el vehículo para mis pretendidos poderes mágicos.

—Lo sé —entornó las frías pupilas Flagstaff—. Recuerda que te conocí en tu instalación ferial, con aquella especie de mano de vidrio, que conocía el destino y el futuro de los humanos. Sólo que entonces pensé que era un simple ingenio mecánico de tu invención, Gork. Siendo un ser extraterreno, ¿por qué no conservarlo contigo y haberlo traído en esta nave, para aprovecharnos de sus poderes y facultades?

—Era imposible, señor. No sabía si sacando a mi esclava de vidrio de aquel encierro, de aquel circuito de poder mental mío, crearía una catástrofe o no. En la duda, era mejor dejarla allí, a su suerte.

— ¿Esclava? —frunció el ceño Flagstaff, saliendo del ascensor en el nivel tres, y cruzando su gélida mirada autoritaria con su

interlocutor—. ¿Es que acaso era una mujer?

—Una mujer de vidrio. Un ser de otras galaxias. Una criatura extraña y compleja, mitad diablo, mitad dios. Algo fuera de nuestra comprensión y nuestro concepto de las cosas y de los entes vivos. Una vez me ausenté yo, debió liberarse del circuito mental. Sólo para morir con los demás, naturalmente. No pudo tener tiempo de más, dada la prontitud con que se presentó el cataclismo final.

—Una mujer... —reflexionó lentamente Flagstaff, paseando por la amplia galería plateada que era el llamado puente de mando de la nave estelar. Algo parecía bullir en su mente, tratando de tomar forma —. Una mujer... De modo que tu cerebro podía controlar, dirigir, dar órdenes a una mujer de cerebro y poder superiores al humano, ¿no es eso, Gork?

—Eso es, señor —afirmó, con arrogancia, su interlocutor, satisfecho de que el propio comandante supremo, futuro amo y jefe de los supervivientes humanos en su novísima sociedad, supiera valorar sus extraordinarias facultades extrasensoriales y psicomentales—. Era una mujer excepcional, una criatura endiabladamente peligrosa, pero la dominé y reduje a un estado total de esclavitud mental, del que ya jamás pudo salir.

—Escucha, Gork —se detuvo en seco Flagstaff, clavando su mirada de acero en el inquietante ser de cráneo rapado—. Te colmaré de fortuna y de poder si haces lo que voy a pedirte. Te nombraré mi consejero superior, auténtico cargo segundo en el mando de la nueva sociedad humana. Te dotaré de las insignias de vice-comandante de a bordo y futuro primer ministro, si llevas a feliz término mi encargo.

—Hable, señor —la mirada de Gork reveló una inmensa sed de poder, una infinita capacidad de ambiciones de todo tipo. Humedeció sus labios lentamente, con aire tenso, crispado. Era una verdadera fiera, al acecho de su gran ocasión—. Si está en mi mano hacerlo, delo por hecho.

—No sé aún si te será posible. Pero podría suspender la ejecución de Ilya, la esposa de Gundar. Y dejarla a tu merced. Sometida a tus experiencias con la mente humana. En suma, quiero que llegues a dominar su cerebro de tal modo, que actúes sobre sus sentimientos, y sea una Ilya diferente, que crea amarme... y se entregue a mí, consintiendo en ser mi esposa.

— ¿Tanto la ama, comandante? —se sorprendió Gork. —Le amo

y la deseo. Además, es una cuestión de orgullo, de prestigio personal. Un desafío entre su voluntad y la mía. Un duelo entre el recuerdo del hombre muerto y mi pasión. ¿Lo entiendes bien, Gork?

—Está claro como el agua —musitó su nuevo esbirro, fríamente. Su sonrisa adquirió matices diabólicos, de perversa malicia—. Desea vencer a esa mujer, por encima de todo. Y hacerla suya. Y dominarla totalmente.

— ¡Sí, sí! —jadeó él, trémulo.

—Bien, señor. ¿Qué espera exactamente de mí?

—Que ejerzas tu acción sobre su voluntad. Dominas la hipnosis, la sugestión, los poderes telepáticos, el control mental de las personas. Utilízalo. Y utilízalo bien, ¿comprendes? Anula la voluntad de esa maldita mujer. Hazla creer que me ama, que sólo piensa en mí. Inculca mi imagen en su cerebro. Que ella acepte su boda conmigo. Que crea sentirse atraída por mí en todo momento. Será suficiente para que te colme de honores y de riquezas.

—Comandante, eso hará de ella... una especie de hermoso autómata humano —advirtió gravemente Gork.

— ¡No me importa! Prefiero eso a sentirla con su odio y su desprecio, con sus insultos y su orgullo, lejos de mí. Haz de ella un pelele, si es preciso. Pero dámela, Gork, y yo te daré cuanto un hombre puede ambicionar, en el albor de una nueva sociedad que llegará a ser esplendorosa. Y que nos temerá y respetará por encima de todo.

—Bien, señor. —Gork inclinó su rapada, tersa cabeza, que brilló como si fuese de cera, bajo las luces del nivel tres, en el centro de la nave. Añadió, solemne—: Será como usted desea. Ilya será suya, en cuerpo y pensamientos, aunque no en espíritu.

* * *

Era un pabellón de cúpula oval, en medio de un florido vergel dorado.

— ¿Ahí está Vitrox? —preguntó Gundar.

—Sí, ahí está. Debe esperar mi regreso desde hace tiempo, preguntándose qué pudo sucederme en el planeta Omega, de cuya catástrofe sabrá ya, sin duda. El tiene la máquina receptora de materia, y él es quien sabía ahora que yo he vuelto..., pero con alguien más. Resulta raro que no haya salido ya a recibirnos... y eso me preocupa más aún.

Gundar empezaba a sentirse ya preocupado también. Crisalia temía algo. Y él empezaba a preguntarse si realmente el planeta desconocido sería tan utópico como pareciera en un principio, con su aire diáfano, su luminosidad y su aspecto multicolor y fantástico.

Parecía existir un peligro cierto en aquel mundo ideal. Un peligro oscuro, relacionado con el paso fugaz de una sombra tenebrosa por el cielo opalescente. Y con los temores inconcretos de Crisalia, acerca de su aliado y semejante Vitrox, el ser de otros mundos, encargado de recibir nuevamente las moléculas de ella, tras el gran salto espacial.

Atravesaron el jardín natural, de flores policromas, con profusión de dorados diversos, desde el centelleante tono platino hasta un color miel, luminoso y cálido, con florecillas azules, plateadas e irisadas de tonos increíbles. Alcanzaron al pabellón provisto de la cúpula vidriosa.

Una puerta se deslizó suavemente, apenas se situó ante ella Crisalia. La entrada estaba franca, y ambos penetraron en el pabellón. Ella, decididamente, en primer lugar. Gundar, tras su nueva y extraña amiga, alerta y dispuesto a enfrentarse a cualquier contingencia, por arriesgada que fuese.

Pronto se supo que ella tenía toda la razón en sus temores y aprensiones. La prueba evidente estaba allí, ante ellos.

Vitrox yacía ante una serie de controles de una máquina tan compleja de mandos como sencilla de apariencia, de forma esférica. Como no era humano, no sabía cuál podía ser su estado real, ni siquiera juzgando por las apariencias.

Pero ella misma se lo confirmó, corroborando sombríamente algo que él ya presentía desde el primer momento:

—Vitrox... Está muerto. Le asesinaron.

Muerto. También ellos, las supercriaturas de una remota galaxia, podían morir. Vitrox había muerto. Su muerte era así. Gundar

contempló lo que, sin duda, era un cadáver extraño, vidrioso, sorprendente. Un cadáver, a fin de cuentas. Un ser vivo a quien algo o alguien había aniquilado… Asesinado, según acababa de afirmar ella.

Pero… ¿asesinado *por quién?*

Pensarlo y preguntarlo todo fue uno:

—Pero, ¿quién pudo asesinar a Vitrox? ¿Y por qué?

Ella se volvió hacia Gundar. Su respuesta estuvo llena de oscuras incógnitas:

—Antes me preguntaste por una sombra que cruzaba el cielo. Ahí tienes la respuesta, Gundar. Esa es la razón de esta muerte violenta.

Gundar clavó los ojos en el cadáver de Vitrox. Era curioso ver a uno de ellos ya sin vida. Lo lamentó, porque en aquel breve tiempo había llegado a sentir cierto afecto por una de las criaturas de vidrio viviente, justo aquella a quien debían la vida. Le parecían seres nobles y honrados. Incluso aquellos, etiquetados como «diablos» por su sociedad, parecían llenos de dignidad y nobleza en sus acciones con los demás, aunque fuesen extraños a su mundo y su condición.

Era como haber roto o aplastado una figurilla de vidrio. No es que sufriera quebraduras. La materia viviente de sus cuerpos, aunque transparente o translúcida, no era quebradiza, sino elástica. Y la muerte había sido producida, evidentemente, por medio de la acción de algo demoledor y extrañamente destructivo.

El cuerpo estaba como reblandecido, rugoso, estirado y deforme, desprendiendo goterones semejantes a los del mercurio, que eran fragmentos de su propio cuerpo aplastado, corroído por alguna misteriosa y desconocida fuerza asesina.

—Eso no aclara mucho —murmuró Gunder—. ¿Quién pudo hacer esto? Parece obra de un ácido o una sustancia abrasadora…

—Sin duda lo fue —se estremeció ella—. Nos enfrentamos a una fuerza realmente terrible y devastadora, Gundar.

—Tus palabras son enigmáticas, Crisalia. Me gustaría más saber qué clase de fuerza es. Y el motivo de su ataque mortal a Vitrox, tu amigo.

Ella miró en torno, preocupada, como temiendo algo. Gundar no hubiera sabido decir qué, pero también él sentía la presencia invisible de algo ominoso, la sensación de que alguna influencia maligna flotaba en el ambiente tranquilo y luminoso del planeta utópico.

—Vámonos de aquí —rogó, con voz ahogada—. Es preferible ponerse a salvo de alguna manera, si ello resulta posible.

—Difícilmente puedo ayudarte, si ignoro contra qué clase de peligro nos enfrentamos —dudó él, disgustado.

—No es tiempo ahora de entretenernos en hablar de ello. Pronto lo sabrás todo con detalle y comprenderás mi angustia. Ya te dije que no existían mundos perfectos ni auténticas utopías. Esto sería un vergel, un auténtico paraíso puesto por el Creador en el Universo… si no fuera porque hay en él algo perverso y terrible, que puede aniquilar toda vida en breves momentos.

Salieron del pabellón, cruzando presurosos el gran jardín natural, de flores policromadas y césped irisado. Los ojos de Gundar, endurecidos, se clavaron en el purpúreo cielo, sobre sus cabezas. No vio sino el brillo tenue del sol lejano y tibio que daba su luz y calor a aquel mundo extraño y fantástico, donde una superraza moró hasta evacuarlo. Las razones para su fuga, dejando allí las huellas de su civilización, continuaban siendo un enigma para Gundar.

Un enigma que tal vez estaba en el cielo. En aquella difusa, extraña sombra que viera en dos ocasiones. Y que quizá presagió la muerte terrorífica de la criatura de vidrio.

Allá atrás, en el pabellón, quedaba el cuerpo goteante de Vitrox, aniquilado por un poder corrosivo, asesinado por algún ente que Gundar, aturdido, no podía adivinar.

Y delante de ellos, el vergel mágico, bajo la luz del día radiante de un mundo nuevo y desconocido. Como si todo estuviera tranquilo y dormido. Como si no hubiera allí otra cosa que paz y sosiego. Gundar empezaba a saber lo erróneo de semejante apariencia. Tras todo eso, se ocultaba algo. Algo que incluso atemorizaba mencionar a una mujer como Crisalia.

Alcanzaron los límites del gran jardín natural. Atrás, entre las altas flores, el pabellón de muerte no era sino una simple cúpula oval, centelleando a la luz solar. Delante, senderos de siglos serpenteaban entre grandes extensiones de césped, arroyos de aguas cristalinas, color verde esmeralda y bosques de fantásticos árboles dorados, como

el capricho colorista de un pintor delirante.

—Vamos hacia los bosques —dijo ella—. Tal vez allí estemos realmente a salvo de todo peligro…, al menos momentáneamente.

Se encogió de hombros Gundar, limitándose a seguirla. Ella era la que conocía, por el momento, la naturaleza del invisible peligro. Por tanto, él tenía que reducir sus acciones a escoltar a la muchacha de vidrio viviente, en espera de saber algo más sobre la naturaleza misteriosa de la muerte planetaria.

Estaban alcanzando ya el bosque dorado, con paso presuroso sin producir apenas ruido sus pisadas sobre aquel esponjoso césped color de miel, cuando algo, una inmensa sombra oscura, se materializó en el suelo ante ellos.

Rápido, Gundar alzó los ojos al cielo. Crisalia gritó agudamente.

La sombra en tierra no era sino la proyección de aquella sombra anterior, ahora suspendida en el aire diáfano, sobre sus cabezas. Descendiendo vertiginosamente del cielo en dirección a ellos.

Gundar observó algo más en aquella sombra fantástica. Y Crisalia lo confirmó al chillar con voz quebrada, llena de pavor:

— ¡Estamos perdidos, Gundar! ¡Nada ni nadie puede ya salvarnos! ¡Mira! ¡*Eso* es la muerte! ¡La forma asesina que aniquiló a Vitrox… y va a aniquilarnos a nosotros ahora!

CAPÍTULO III

—Te amo, Flagstaff.

— ¿Qué... qué has dicho?

—Te amo. Estoy locamente enamorada de ti, vida mía.

—Ilya...

—¡Bésame, Flagstaff, mi amor!

Y se precipitó en sus brazos, con los suyos extendidos, implorando una caricia. Los ojos de Flagstaff, comandante supremo de la nave, centellearon de incontenible júbilo. Sus manos temblaban al abrazar aquel cuerpo deseado, a aquella hermosa mujer que acababa de confesarle un apasionado, ardiente amor.

Por encima del hombro de Ilya, la esposa de Gundar, sus ojos se clavaron en el hombre rígido, de cráneo rapado, que sonreía perversamente en la entrada de la celda de condenados, contemplando su increíble obra.

—Lo lograste... —jadeó Flagstaff, trémulo—. ¡Lo lograste, Gork!

—Naturalmente, señor —asintió su esbirro con voz suave, entornando sus ojos en una expresión sardónica—. Gork siempre consigue lo que quiere cuando se trata de dominar un cerebro, sea humano o no.

—Acabo de comprobarlo, Gork —murmuró Flagstaff, con expresión radiante. Su voz tuvo matices estremecidos—. Me parece increíble... Tenerla en mis brazos...

—Piense, señor, que sólo tiene a un autómata, a una mujer que no sabe lo que hace ni lo que dice. Y menos aún lo que piensa. Sólo actúa conforme a lo que yo inculqué en su cerebro.

—Lo sé. Aun así, es una sensación enloquecedora... Amo a esta mujer. Deseaba que fuese mi esposa. Y va a serlo ahora, Gork. Va aceptar su boda conmigo, a bordo de esta nave.

—He cumplido mi palabra —sonrió Gork, apaciblemente—. Sé que usted también cumplirá la suya, comandante.

—Por supuesto, Gork. Serás mi segundo en todo. El hombre que me ayudará a gobernar a lo que resta de nuestra humanidad, y que volverá a ser una sociedad perfecta, cuando hallemos el lugar donde establecernos.

—Bien, señor. Estoy seguro de que será usted muy feliz con ella, puesto que tanto la ama. Será un amor compartido con una mente que sólo actúa por reflejo de lo ordenado, pero su cuerpo y su belleza sí serán suyos…, hasta que yo muera o hasta que usted mismo me diga que debo terminar con la situación.

— ¿Cómo? —se volvió vivamente Flagstaff, sorprendido—. ¿Has dicho… hasta que *tú* mueras?

—Oh, comandante, ¿se imagina a una persona que está simplemente bajo mi control mental, cuando el ser que la ha hipnotizado y ordenado unas reacciones deja de existir? Automáticamente, ella volvería a ser quien es, y a pensar por sí misma, liberada de mi influjo. Por eso le dije que, mientras yo exista, no tiene nada que temer. Ella creerá amarle. Y su creencia será suficiente. Nunca cambiará de ideas.

—Gork, eso me suena a complot… ¿Acaso pretendes que viva esclavizado por tu propia vida? —se irritó Flagstaff.

— ¡Cielos, señor, qué locura! Yo no dudo de su buena fe. No temo realmente nada malo por su parte, puesto que esto es un pacto entre caballeros y amigos, que serán, además, leales colaboradores en el gobierno de un pueblo. Es el circuito mental el que se rompería apenas muriese yo, por mucha voluntad que hubiera puesto en hacer las cosas de otro modo.

—Ya. Pero por lo que pueda suceder en el futuro, ahora controlas *tú* la situación, y eres quien puede influir en nuestras vidas. Es como un seguro para ti, ¿no es cierto?

—Yo no diría eso. Pero si usted, comandante, lo cree así, llegará a hacerme creer que pensó en deshacerse de mí, y algo ha fallado en sus previsiones.

—Gork, me ofendes —siguió oprimiendo contra sí, casi celosamente, el cuerpo rígido e insensible de una mujer que le miraba con ojos vacíos y musitaba frases de amor que no sentía, y eran simple reflejo de órdenes ajenas, inculcadas en su mente—. Pero ya que las cosas son así, tampoco creo que tengas nada que temer. Iba a cumplir mi pacto por convicción. Ahora, también lo cumpliré por obligación.

—Sí, eso creo —sonrió irónicamente el hombre de cerebro dominante y poderoso. Se inclinó, con un falso, frío v estudiado servilismo—. Piense siempre, comandante Flagstaff, que un hombre capaz de controlar incluso a seres de otros mundos, por medio de la fuerza mental, es capaz de mantener bajo su dominio a todo ser viviente. Pero que ese control es como el fluido de una máquina. Rota esa máquina, se rompe el contacto. Yo, desde ahora, soy la máquina que puede hacer sentir amor a Ilya. Amor hacia usted, como deseaba.

—Sí, te entiendo, Gork —musitó Flagstaff, dominando sus sentimientos, y entre ellos una fría ira hacia el hombre que, prácticamente, le tenía en sus manos, si quería seguir aspirando a que Ilya fuese suya. Tras una pausa, besó a la esposa de Gundar, que aceptó, pasiva, glacial, aquella muestra de afecto, y añadió con voz más entusiasta—: De cualquier modo, todo hubiera sido igual, Gork. Serías mi hombre de confianza en el futuro. Lo seguirás siendo cuando pisemos un suelo firme, en algún mundo habitable.

Gork se inclinó, ceremonioso y burlón. Su voz tuvo matices sutiles de ironía:

—Estuve siempre seguro de ello, señor…

Se disponía a retirarse, cuando un computador de a bordo emitió sobre la pantalla roja la frase más anhelada de aquel viaje cósmico. Simultáneamente, sonaron a bordo de la nave las agudas sirenas que avisaban de un acontecimiento trascendente para ellos.

Gork se sobresaltó. Flagstaff soltó a Ilya, y corrió al computador, a comprobar la buena nueva, impresa electrónicamente en una pantalla de televisión:

«MUNDO HABITABLE PARA EL HOMBRE. DISTANCIA: 280.000 MILLAS.»

Esos datos eran la mejor de las noticias. Aquella distancia, para una gran nave impulsada a fotones, suponía simplemente un breve salto sin problemas.

— ¡Un mundo nuevo! —aulló Flagstaff, incluso olvidando a Ilya y su desenfrenada pasión por ella—. ¡Hemos alcanzado nuestro lugar

en el universo, Gork!

—Ello me congratula, señor —suspiró el inquietante personaje, con un centelleo malicioso en sus ojos—. Significa que empieza una nueva era para la especie humana... bajo *nuestro* mando.

Flagstaff se volvió bruscamente, como si fuese a replicar acremente a esas palabras. Pareció reflexionar sobre algo, se dominó y su réplica fue apacible:

—Sí, Gork. Por supuesto. Ahora empieza nuestro auténtico poder sobre los humanos... Vamos a ocuparnos, ante todo, de posarnos en ese planeta anhelado. Luego, una vez seguros de que hemos hallado nuevamente la tierra prometida..., será el momento de celebrar la ceremonia de la boda. Y también de levantar el edificio de nuestro poder, Gork...

En los indicadores de distancia de todos los computadores de a bordo, la distancia hasta el mundo cercano, donde los registros señalaban condiciones de vida idóneas para el ser humano, iba reduciéndose fantásticamente, en miles y miles de millas.

La nave estaba a punto de cumplir su gran periplo, y terminar la odisea en busca de un planeta habitable. El éxodo de los últimos humanos, tocaba a su fin.

En todo el gran vehículo espacial, un clamor de triunfo y de esperanza se elevaba por doquier. Canciones, gritos y exclamaciones de júbilo lo invadían todo.

Flagstaff se limitó a contemplar, en una gran pantalla, la imagen de un planeta envuelto en nubes, que denotaban la existencia de atmósfera. En un gesto, en sus ojos malévolos y fríos, una expresión de radiante triunfo, de complacencia suma, indicaban que su victoria era total.

Había llevado a la nave y sus ocupantes al nuevo paraíso. Había obtenido el amor ficticio de Ilya, a quien haría su esposa, apenas pisaran aquel mundo lejano y desconocido.

Pero, eso sí, a cambio todo ello de respetar obligadamente la vida de Gork, a quien, además, tendría que proteger celosamente para que nada le ocurriese, y evitar así que el falso amor de Ilya, su pasión obligada *por* pura hipnosis, se derrumbase en un fracaso estrepitoso.

Gork tuvo razón en sus desconfianzas. Había pensado eliminarle

apenas obtenidos los favores de Ilya, bajo su acción mental. En ningún momento pensó que, precisamente, ese control psíquico que ejercía Gork sobre el cerebro de la hermosa mujer, era su mejor seguro de vida, puesto que, desaparecido él, ella volvería a pensar por sí misma, rechazándole horrorizada y deseando mil veces la muerte, antes de sentirse siquiera cerca de ella.

Era preciso respetar la vida de Gork. Y protegerle, incluso, permitiendo que llegase a altos cargos jerárquicos en la Novísima Sociedad Humana.

—No hay otro remedio —se dijo a sí mismo Flagstaff—. Toda gran victoria tiene un tributo doloroso. Y en este caso, Gork es el beneficiado. Es astuto, solapado y lleno de desconfianza hacia todo. Debía pensarlo antes. Pero me ha servido bien. Y seguirá sirviéndome, en tanto le convenga. Procuraré que así sea, en espera de que un día halle el medio de controlar por mí mismo a Ilya, aunque sea a través de una máquina. Entonces, cuando Gork no me sea útil..., ¡será el instante en que habrá firmado su sentencia de muerte!

Pero Gork parecía intuir lo que Flagastaff, el ambicioso, pensaba sobre él. Eran dos seres de idéntica maldad y perfidia, en un sordo duelo de astucia y desconfianza. Por el momento, eran aliados. Pero esa misma alianza les conduciría, de momento, a la más alta cumbre del éxito.

Y, además, permitiría que Ilya, la fiel esposa de Gundar, olvidase a su amado, para traicionarle en sus afectos con el hombre que era responsable de su fin. Todo contra su propia voluntad, pero, ¿cuál es la voluntad de una simple máquina, fría y deshumanizada, como era ella, en estos momentos?

La nave, vertiginosamente, se aproximó a la atmósfera del planeta desconocido. Las órdenes de Flagstaff, en el control, fueron seguidas fielmente por su tripulación especializada.

Al penetrar en la atmósfera de su nuevo hogar cósmico, la nave redujo su velocidad y flotó mansamente en un ambiente diáfano y ligero, en descenso hacia un suelo que todos ignoraban aún qué sorpresas podía reservarles...

* * *

La muerte en los cielos.

La siniestra sombra del horror y la destrucción, flotando sobre ellos, con un aleteo silencioso.

Ese era el gran peligro. El que avisó Crisalia, con su agudo grito de terror. El que Gundar contempló, cara a cara, al levantar la cabeza y clavar sus ojos dilatados en el cielo opalescente del mundo ignoto.

Antes, en las dos ocasiones iniciales en que adivinara más que viera la forma oscura, sombría, hendiendo el aire, no llegó a saber si, realmente, poseía forma, si era materia o simple espectro. Sólo supo que era algo liviano, veloz, vertiginoso casi, y extrañamente oscuro, como una nube fugaz, nublando un cielo límpido, y presagiando males sin fin a cuantos vieran su vuelo inquietante.

Ahora, todo era distinto.

La forma de sombra flotante no cruzaba el cielo. Planeaba, oscilaba sobre ellos, como colgando de un hilo invisible sujeto al cénit púrpura de aquel planeta. Suspendida encima de sus cabezas, proyectando una sombra tétrica sobre el suelo dorado, producía un irreprimible y extraño escalofrío, aun antes de saber qué era concretamente aquello.

A cada momento, mientras se agrandaba en el descenso, iba materializándose con más nitidez y precisión. Iba descubriendo sus forma, su naturaleza, incluso su…, *su rostro.*

Porque *aquello…,* tenía rostro. La cara misma del miedo. La máscara espantosa del horror viviente más inconcebible que Gundar soñara jamás que podía existir en parte alguna de la creación.

— ¿Qué…, qué significa…? —susurró, estremecido, apoyándose en uno de los gruesos árboles del inicio del bosque, y sujetando contra sí, en instintivo gesto protector, el cuerpo cristalino y palpitante de Crisalia, su extraña amiga—. ¿Qué es *eso?*

—La muerte, Gundar… —jadeó ella—. La muerte ardiente, corrosiva, devastadora… El mal que devora y destruye…

Gundar no preguntó más. No necesitaba hacerlo ya. Aquella «cosa», o lo que pudiera ser, se precipitaba sobre ellos vertiginosamente, con un aleteo mortal pero sordo, sin producir

sonido alguno.

Era de forma romboidal, plano y ondulante. Intensamente oscuro, aunque quizá no fuese negro, sino del matiz del humo denso.

De su rostro, porque rostro era, pese a todo, emergían dos especies de antenas, que no eran sino redondos ojos flotantes, colgando saltones, fuera de toda órbita. Dos bolas de aspecto gelatinoso, pendiendo de unos cuernos vibrátiles, encima de un manojo de tentáculos grisáceos, blandos y palpitantes, en cuyas extremidades parecían pulular delgadas fibras carnívoras, ávidas de posarse sobre los seres recién llegados al planeta.

Estaba tan cerca de ellos, que su auténtico tamaño era visible. Ya no era una vaga sombra flotante en el cielo, sino una enorme sábana negruzca, viva y fofa, que les estudiaba malignamente con los globos rojizos que eran sus ojos. Estos se abrían y cerraban, en una dilatación constante, como un parpadeo.

La criatura horrible, llovida del cielo, despedía un raro hedor pegajoso y frío, que helaba los miembros, impidiéndole a uno luchar, escapar, hacer algo que fuese práctico, ante semejante forma agresora.

—Crisalia, intenta algo… —susurró Gundar—. ¡Escapa al interior del bosque, si puedes!

—No…, no puedo —sollozó ella ahogadamente—. ¡No puedo moverme! Este frío…, hiela mis miembros…

—Maldita sea, a ambos nos ocurre igual —se quejó él—. Esa «cosa» nos paraliza, nos imposibilita de defendernos… Sin duda, es una forma de actuar, una de sus armas… Luego, nos dejará como a tu amigo Vitrox… ¡Hay que impedirlo, Crisalia! ¡Como sea, hay que impedir que nos asesine!

—No se puede hacer nada —quejóse ella—. Es una criatura superviviente de una raza diabólica y voraz… Cuando eran millones, lo dominaban todo en este planeta. Fueron aniquilados por la superraza, pero siempre supieron que uno, cuando menos, quedaba vivo, oculto en alguna parte. Jamás dieron con él. Esa…, esa «cosa» vive cientos, miles de años. Y cada vez crece su ferocidad, y crece también su fuerza. Ahora nos destruirá a ambos, sin remedio. No hay forma de luchar con ella… Nadie lo logró jamás, Gundar… Despide un fluido corrosivo, capaz de desgarrar todo tejido viviente, sea de la naturaleza que sea… Mira, mira cómo flota sobre nosotros, cómo nos espía, nos vigila, seguro de su presa. Es cruel hasta el límite. Se ensaña

con sus víctimas... Si no fuera por esa forma terrible e inmortal, este mundo sería la utopía que tú soñabas. Por eso te dije que no existían utopías, Gundar. Pero siempre pensé que ese monstruo terminaría por ocultarse en algún recóndito lugar, de donde jamás surgiera ya...

—Parece que te equivocaste, Crisalia —masculló, con ira mal contenida Gundar, clavando sus ojos en el cielo opalescente. Aquella forma romboidal, negruzca y como translúcida, aquel fantástico asesino de otros mundos, era una masa de sombra flotante sobre ellos. Un monstruoso palio de muerte y horror, al acecho de sus víctimas. La voz de Gundar añadió con frialdad—: Pese a todo, lucharemos por la vida.

— ¡Luchar! Es imposible, Gundar. Y te lo digo yo, que poseo poderes superiores a los tuyos. ¿Qué podría hacer un humano frente a esa materia del infierno mismo?

—No lo sé aún —declaró sordamente Gundar, encajando las mandíbulas—. Voy a probarlo ahora mismo, amiga mía.

— ¡Gundar, no! —gritó ella, con un estremecimiento de su cuerpo cristalino.

—Oh, no seas absurda ahora, Crisalia, tú que tanta inteligencia demostraste siempre. Si hemos de morir..., ¿qué importa el modo de hacerlo? Luchando, la muerte es más digna...

E inesperada, violentamente, abandonó la protección precaria de los primeros árboles, y saltó al césped color de miel, enfrentándose, con sus musculosos brazos en ristre, al diabólico poder de las sombras.

CAPÍTULO IV

La nave descendía majestuosamente. Debajo de ella, un mundo nuevo abría su mágico abanico de maravillas visuales, captadas por el perfecto color y la imagen tridimensional de los grandes televisores de a bordo. Un pueblo fascinado, una sociedad humana, compuesta exactamente por seiscientas diecinueve personas, habida cuenta de que el niño Darko, hijo de Ilya y de Gundar, estaba recluido en el Pabellón de Observación de Psiquiatría, se hacinaba ante las pantallas fluorescentes, presenciando aquella tierra de promisión, desconocida y esperanzadora.

Flagstaff, majestuoso en su uniforme deslumbrante, envuelto en los pliegues escarlata de su capa de comandante supremo, se erguía en el puente de mando, rodeado de su guardia personal y de su fiel consejero y segundo jefe a bordo, Gork. El brazo diestro de Flagstaff rodeaba los hombros de una Ilya inexpresiva y rígida, que parecía haber olvidado definitivamente a Gundar, para ser ahora la prometida del hombre destinado a regir la nueva sociedad humana, desplazada a otros mundos.

Las órdenes de Flagstaff, repetidas de forma monocorde y rutinaria por las computadoras, orientaban a los pilotos, y hacían funcionar los sistemas de propulsión en la debida forma. El suelo estaba cerca ya. Y, con él, su primer contacto con el mundo novísimo,

al que habían llegado en busca de patria cósmica.

La velocidad de la nave se reducía. El espíritu de más de seiscientos seres estaba pendiente de aquella maniobra final, decisiva. Las computadoras, señalando la composición del aire exterior, la presión, la gravedad y cuantos datos eran precisos para el buen gobierno de la nave, eran las auténticas controladoras del peligroso descenso en suelo desconocido.

Cuando hubo una vibración brusca a bordo, y la nave toda tembló, los televisores mostraron, al fin, entre una suave neblina, el paisaje maravilloso de aquel mundo insólito. Las gentes se miraron entre sí, asombradas.

—El universo encierra siempre prodigios imprevisibles —murmuró Flagstaff, impresionado por lo que veía—. Gork, ése es nuestro nuevo hogar. Hemos dejado de ser unos vagabundos en el cosmos. Ya tenemos casa. Ahora se trata de pisar ese suelo, de crear un núcleo habitado, tras comprobar si no existen riesgos en torno, y hay agua, medios de vivir y todo lo demás. Después llegará el momento de levantar ciudades, crear industrias, forjar una sociedad nueva, una colectividad diferente y mejor, que nunca se destruya a sí misma.

—Ese ha sido siempre el sueño del hombre —sentenció fríamente Gork, entornando sus ojos poderosos y magnéticos—. Siempre se fracasó, porque el propio hombre faltó a sus convicciones y rompió ese sueño.

—Ahora será diferente.

—Es lo mismo que dijo Van Holtman, al crear la Nueva Era, hace mil seiscientos años y pico —rió Gork, entre dientes. Miró, dubitativo, a Flagstaff—. ¿Podremos nosotros llevar a cabo lo que nadie logró hasta ahora?

—Alguna vez ha de ser la primera. Mientras la sabiduría y el poder no salga de nosotros, todo irá bien.

—El pueblo siempre quiere saber. Los rebeldes ansían mandar alguna vez. Y ahí empieza la raíz de todos los males.

—Lo impediremos, como sea. Por la violencia, el terror o la tortura. Confía en mí, Gork.

—No confío ni en mí mismo —sonrió su segundo—. Pero lo

importante es que hemos llegado a un suelo firme, seguro. Tal vez éste sea el futuro mundo de los humanos. Mientras vivamos nosotros, todo irá bien. Y eso es lo importante. Después, dentro de años y años, ¿qué nos importa si esos locos vuelven a destruirse entre sí?

Flagstaff asintió con un movimiento de cabeza. Abajo, en las grandes salas de la planta inferior de la nave, subían estentóreos «hurras» a su comandante, por haberles llevado a buen puerto en la singlatura espacial. Flagstaff sonrió, orgulloso y complacido.

—Es mi triunfo —declaró—. Solamente mío, Gork. Y eso es lo que cuenta ahora…

Gork se limitó a sonreír, asintiendo. Flagstaff pareció no darse cuenta de la malévola mirada de rencor y envidia que le dirigió el hombre destinado a ser su segundo en el mando, de cuanto quedaba de algo llamado humanidad.

La pantalla de la computadora señaló:

> «NAVE EN SUELO FIRME. CONDICIONES IDONEAS PARA SALIR. AIRE RESPIRABLE, PRESION ADECUADA. NO EXISTEN OBJECIONES A SALIDA EXPLORATORIA.»

—Bien… —murmuró Flagstaff. Se inclinó sobre un micrófono y dio una orden, que retumbó en toda la vasta nave—: Escuadra de Exploradores, dispuesta a salir para visita de inspección al nuevo planeta. Todo en orden. Factores positivos. Suerte.

Momentos más tarde, cuatro hombres especializados, con uniformes espaciales y escafandras plásticas, salían de la nave, poniendo tímidamente su pie en aquel mundo ignorado.

Más de seiscientos seres humanos, pendientes de ellos, esperaban con ansiedad el resultado de tal salida…

* * *

El monstruo sufrió un desconcierto evidente.

Era obvio, juzgó Gundar, que jamás nadie se atrevió a enfrentársele abiertamente, en claro desafío, anticipándose a su iniciativa. Eso pareció desorientarle. La forma oscura y ondulante, vaciló en el aire, tan próxima a él, que era como un gigantesco rombo de materia negruzca, bailoteando en el cielo color de ópalo.

Pero esa vacilación duró muy poco tiempo. Luego, una especie de rara vibración helada, acaso un ultrasonido que, en vez de ser captado por los oídos, penetraba por otros sentidos, casi incorpóreos, del ser humano. Gundar sintió, a la vez, frío y terror. Y la seguridad de que el fracaso y la muerte serían los únicos premios a su acción desesperada.

Las singulares antenas vibrátiles del monstruo asesino, se estiraban. Los ojos redondos, como globos sanguinolentos y perversos, se dilataban, clavados en él, despidiendo algo así como un magnetismo estremecedor. Repentinamente, la «cosa» que sobrevivía durante siglos, se .precipitó sobre él, en un electrizante, sordo, vertical ataque.

La sombra diabólica bajó en perpendicular. El cuerpo elástico de Gundar, corriendo sin orden sobre la hierba color de miel, se vio envuelto en la gran penumbra que proyectaba el gigantesco rombo viviente de materia gelatinosa y translúcida.

Gundar sólo tenía su cerebro y sus manos para enfrentarse al ser de pesadilla. Muy poca cosa, ante aquella materia viviente, de estremecedora fuerza mortal. Aun así, no tembló ni se asustó. Sabía que iba a morir también quedándose a la expectativa. Y, como él dijera, era mejor morir luchando. Mucho más digno y lógico, cuando menos. Aunque el final fuese siempre el mismo, fatalmente.

— ¡Gundar, vuelve! —oyó la voz cristalina y musical de la criatura de vidrio, ahora con inflexiones de vivo horror—. ¡Vuelve, te lo ruego! ¡Tal vez podamos escapar por el bosque!

El no respondió. Se limitó a negar enérgicamente con su firme cabeza, sobre el nervudo cuello. Sabía que eso no era cierto. Nunca escaparían a la persecución del demoníaco asesino. Nunca irían a ninguna parte, por el bosque ni por lugar alguno.

De modo que esperó. Esperó, mientras el monstruo se

agigantaba por momentos, envolviéndole en su viscoso frío, en las emanaciones heladas y pestilentes de su cuerpo, que le aturdían hasta casi perder la noción de todo.

Un aleteo oscuro rozó su cuerpo, transmitiéndole un cosquilleo tan gélido, que quemaba la piel. La corrosiva proximidad de la «cosa» era ya total. Aquellas grandes aletas oscilantes iban a envolverle en un abrazo de muerte, pavoroso y aniquilador.

Justo entonces, Gundar hizo lo único que podía hacer.

Se precipitó, con un salto gigantesco de sus poderosas piernas, mientras sus músculos se hinchaban como bloques de piedra viviente, hasta lo que era la faz triangular de la horrenda criatura.

Le hincó los puños, con una fuerza titánica, demoledora, justo en aquellos ojos sanguinolentos que, como dos bolas de gelatina, colgaban de sus monstruosas antenas.

El monstruo se agitó, bruscamente, y pareció recular, aturdido. Los ojos tomaron un matiz anaranjado pálido. Despidieron un raro humor vidrioso, que cayó en goterones sobre la hierba dorada, abrasándola.

Gundar, con un alarido de furia, convertido en una feroz, exasperada máquina de combatir, ciego a todo lo que no fuese luchar por su vida y por la de Crisalia, aunque no hubiera la más leve esperanza, cargó de nuevo, en otro brinco realmente inverosímil, sobre la faz tenebrosa de la criatura.

De nuevo sus manos poderosas alcanzaron aquellos globos colgantes y malévolos. Pero esta vez, a la vista de su aparente éxito anterior, Gundar llevaba mucha más malicia en su intención.

Y apenas tocaron sus manos las esferas rojizas, además de golpearlas ferozmente, estiró los dedos, al caer, aferrándose a los globos visuales, pese a ver que quemaban la hierba en su simple contacto con aquellos lagrimones monstruosos.

Sintió que un ardor helado y doloroso corría por sus manos. Su piel humeó, pero no cedió un ápice. Sus dedos se enroscaban ya en torno a ambos globos, y al caer, arrastró tras de sí, como una enorme sábana de gelatina negra, aquel cuerpo bailoteante y maligno.

Sin vacilar, poniendo toda su fuerza y exasperación en ello, tiró y tiró de ambos globos. Se sorprendió cuando sus dedos, llagados,

humeantes, con la piel abrasada y carcomida, se quedaron un instante con dos globos de gelatina, repentinamente blancuzcos, sin coloración rojiza alguna. Los arrojó con furia contra un árbol, y oyó un doble choque sordo, blando, que hizo reventar ambas formas, dejando caer al suelo unas chorreaduras hediondas y frías, que hicieron humear la hierba ennegrecida.

El monstruo, ciego ahora, con sus antenas convertidas en vibrátiles formas sin percepción, se agitaba sobre las hierbas, como un enorme animal que se debatiese en la agonía. De ambas antenas «mutiladas, brotaba un humor espeso, lechoso y humeante, que parecía corroerlo todo a su simple contacto.

Pero, por momentos, la «cosa» siniestra iba perdiendo su fuerza, inmovilizándose entre sacudidas de sus extremidades puntiagudas. Crisalia, atónita, no daba crédito a sus ojos de ópalo, fijos en la escena.

El monstruo estaba agonizando. Gundar le había desarmado, y, al arrancarle sus ojos, le dejó ciego y moribundo. Se aproximó ella despacio, contemplando la escena. Gundar señaló al ente abatido.

—Parece que resultó —dijo roncamente—. Valía la pena intentarlo, Crisalia.

Ella le contempló, admirada. Su cuerpo translúcido vibraba con alguna oculta emoción.

—Nadie consiguió eso, hasta ahora —musitó.

—Nadie era humano —rió Gundar, entre dientes—. No somos superhombres. Sólo hombres. Pero, a veces, somos capaces de algo que los superiores no sabrían intentar. De todos modos, te diré que la suerte me favoreció en ese duelo. ¿Cómo podía yo saber que sus ojos eran su órgano vital? Sólo intenté cegarle… y creo que he logrado acabar con su vida.

Crisalia asintió. La forma oscura yacía, inmóvil, en la hierba. La monstruosa faz se borraba casi totalmente, en un mar de flecos y placas negras. Ya no aleteaba. Ni despedía frío o hedor.

—Ahora, sí —afirmó ella apagadamente—. Ahora, este mundo podría ser esa utopía que tú dijiste, Gundar. Ya no hay peligro en él, una vez desaparecida esa fuerza del mal…

— ¿Una utopía? —dudó Gundar, sacudiendo la cabeza—. No

sé... Empiezo a dudar de que exista en parte alguna del universo. Aun sin ese ser maligno aquí..., siempre habrá algo que no será perfecto. No sé lo que ello pueda ser, pero... habrá algo, Crisalia. Estoy seguro de ello.

Crisalia, bruscamente, se había quedado callada, trémula. Miraba algo, a espaldas de Gundar. Este se puso rígido.

—Cielos... —jadeó ella—. Mira eso...

— ¿Qué sucede? —estalló Gundar, sorprendido y alarmado. Se volvió bruscamente—. ¿Qué es lo que ves ahora?

Se quedó rígido, inmóvil. No supo ni siquiera qué hacer.

La voz, ante él, se limitó a advertir:

—No intentéis nada. Nuestras armas son mortales. Al más leve movimiento, tiraremos a matar. Son las órdenes que tenemos.

* * *

Flagstaff miró con asombro a los exploradores.

— ¿Qué decís?

—Es él, señor. Estamos seguros de ello.

— ¡Imposible! —rechazó el comandante supremo, con rostro intensamente pálido—. Tal vez soñáis o visteis visiones...

—Todos hemos visto lo mismo. No hay duda alguna. Es él. Le reconoceríamos en cualquier parte. Es Gundar. En persona.

— ¡Gundar! —aulló Flagstaff, con un escalofrío. Dilató sus ojos —. Pero, ¿os habéis vuelto todos locos, o un extraño mutante os hipnotizó, haciéndoos ver una fantasía? ¡Gundar se quedó en Omega! ¡El no puede estar en..., en un mundo situado a millones y millones de millas de distancia, en otra galaxia, en un lugar adonde se llega a velocidad que iguala o supera la de la propia luz! ¡Gundar murió junto con el planeta Omega, todos lo sabemos!

Los exploradores se miraron entre sí. Al fin, uno de ellos se

volvió. Caminó hasta donde dejara a los prisioneros, bajo la vigilancia armada de un estupefacto grupo de soldados de la nave. Cuando regresó, venía con él un hombre con la cabeza inclinada. Alto, poderoso, rubio y atlético, vestido con ropas que no eran sino jirones metálicos de una ropa que Flagstaff conocía muy bien, puesto que era la de los humanos, allá en Omega.

—Alza la cabeza —ordenó un soldado del Cuerpo de Exploradores—. Que el comandante te vea.

El prisionero obedeció fríamente, en silencio. En el puente de mando de la nave, sonó una imprecación violenta. Flagstaff, lívido, se echó atrás.

—Hola —saludó fríamente el cautivo—. ¿Sorprendido, asesino?

— ¡GUNDAR! —rugió Flagstaff, descompuesto—. ¡No puedes ser *tú!* ¡Has muerto en Omega! ¡Acaso eres solamente su espíritu, en un mundo donde sólo moran fantasmas!

—Flagstaff, te felicito. Eres ahora comandante de esta nave. ¿Y por qué todo eso? ¡Porque con la ayuda de un canalla falseaste los datos en la computadora, y ella me señaló a mí como elemento sobrante en esta expedición! ¡Flagstaff, cometiste un delito de falsedad, un auténtico homicidio, pero Dios quiso que yo me anticipase a vuestro éxodo, y llegase antes a este planeta adonde el destino os ha traído, en busca de ambiente adecuado para sobrevivir! Extraño capricho el de nuestro destino, ¿verdad, canalla?

—Gundar, no puede ser... —gimió el comandante, convulso, aferrándose a la barandilla del puente de mando—. Tú no pudiste viajar por el espacio... desde Omega. Esto no puede ocurrir. Va contra toda lógica... ¡Mis sentidos me engañan, sin duda!

—Nada ni nadie te engaña —replicó Gundar—. He demostrado ser el más fuerte. Dios ha decidido, en este juicio supremo entre tú y yo. He salvado la vida. He venido al mundo al que vosotros habéis llegado. Eso significa que solamente un hombre puede dirigir a la gente de esta nave, a la futura humanidad, con honradez y dignidad. ¡Yo, Gundar! Un asesino nunca podrá ser jefe de un pueblo que espera y confía en su futuro, por un mundo mejor del que tuvo hasta ahora.

—Te..., te daré el mando, te daré cuanto digas, Gundar... —jadeó Flagstaff, demudado, convulso, sin salir de su aturdimiento—. No puedo entender lo sucedido, pero sólo siendo un elegido del Señor pudiste viajar por el espacio sin una nave, pudiste salir con vida de

Omega, cuando el planeta se hizo pedazos... y puedes estar ahora, antes incluso que nosotros mismos, en este mundo que desconocemos, y en el que tú pareces tener un raro poder... Tuyo es el mando, pero no tomes represalias conmigo.

—Está bien —asintió Gundar—. Celebro que reconozcas tu error. Acepto el mando que jamás debí perder, por culpa de tus intrigas de ruin envidioso y falsario. No seré demasiado vengativo contigo. No tendrás queja de mi justicia. Yo no soy como tú. No morirás ni serás castigado como mereces. Espero que esto te sirva de lección, Flagstaff. Ahora, dime: ¿dónde están mi esposa y mi hijo? Estando ellos ilesos, nada te haré, tienes mi palabra.

—Ellos..., ellos vendrán ahora —jadeó Flagstaff, tembloroso, realmente angustiado, convertido en un perfecto pelele—. Sí, Gundar, ellos te serán devueltos. Y debes perdonar que yo..., yo...

— ¿Qué es lo que debo perdonar? —preguntó, con tono incisivo Gundar.

—Verás... Yo..., yo me atreví, en tu ausencia, a requerir la ayuda de un hombre y...

— *¡Flagstaff!* —aulló una voz potente, colérica, llena de autoridad y virulencia, sobresaltando a todos—. ¡No cometas errores, no seas lo bastante estúpido para hacer de Gundar un superhombre! ¡Todo tiene su clara y fácil explicación! ¡El te está engañando, para amedrentarte y hacerte confesar tu traición, entregándole el mando de tu nave y tu gente!

Se volvió bruscamente Flagstaff, convertido en una pura confusión. Miró al recién llegado, que aparecía rodeado de hombres de blanco uniforme militar, armados, y encañonando a Gundar. Entre ellos, cautiva, cabizbaja, venía... Crisalia, la criatura de vidrio viviente.

—Gork... —jadeó Flagstaff, confuso, abriendo mucho sus ojos—. ¿Qué..., qué pretendes decirme con eso?

El..., él es un superior... Llegó a través de los cielos, como los ángeles mismos...

— ¡Tonterías! —rechazó Gork, con dura risa, mientras sus hombres armados rodeaban a Gundar, repentinamente sombrío y contrariado—. Ese hombre no es superior. No es ningún ángel, comandante Flagstaff, querido amigo y colaborador. De no ser por mí,

ahora caerías en el peor de los errores, dejándote vencer por un farsante.

— ¿Farsante? ¡Pero él está aquí, a años luz de distancia del planeta Omega! ¡No sólo sobrevivió al cataclismo…, sino que viajó por el universo sin nave alguna!

—Estás loco, Flagstaff —declaró despectivamente Gork—. El no estaba solo en este planeta. ¿Ves a su compañera? Una singular criatura de extraña condición. Aunque creas que es un robot de vidrio o de plástico cristalino, no es nada de eso. Se trata de una mujer de otra galaxia. Allí es una especie de diablo. Y para ti, lo ha sido por completo, Flagstaff, al ponerse del lado de Gundar.

— ¿Qué pretendes decirme con eso, Gork?

— ¡Ella condujo a Gundar a través del espacio, hasta este mundo! Ella tiene poderes especiales. Pero, mentalmente, era mi esclava, allá en Omega. La utilizaba en mi atracción de feria. Libre de mi influencia, pudo actuar con sus fuerzas propias, y condujo a Gundar hasta aquí, desplazándose por el espacio. Es capaz de hacerlo. Ahora, aprovechándose de su ayuda, Gundar iba a despojarte de tu poder. Y a mí, del mío.

—De modo que tú eres el amo de Crisalia —silabeó Gundar, sombrío, mirándole con ira—. Te aliaste con Flagstaff… Juntos lo tramasteis todo, para haceros con el poder y deshaceros de mí…

—Vaya… —Flagstaff había recuperado su firmeza, su ironía. Y ahora caminó hacia Gundar, con cierto rencor por la humillación sufrida—. De modo que eso sucedió, ¿eh, amigo? ¡Y pretendías aterrorizarme con tu inesperada presencia aquí! De no ser por Gork, hubiera picado el anzuelo como un necio… ¡Soldados, encerrad a ambos en celdas separadas! Gork, ¿qué se puede hacer para evitar que ella pueda utilizar sus poderes?

—Hipnotizarla —rió Gork, irónico. Se acercó a ella, con ojos dilatados y fulgurantes.

—No, no, no… —gritó Crisalia, encogiéndose—. Otra vez… no…

—Calla, criatura —cortó duramente Gork, centrando en ella su maligna mirada taladrante, de extraños poderes extrasensoriales—. Vas a obedecerme en todo. Vas a ser de nuevo mi esclava, y nada más. Cuando menos, hasta que hallemos el medio de aniquilarte, para que nunca más te cruces en nuestro camino…

— ¡No haréis eso, cobardes! —rugió Gundar, frenético.

Y saltó sobre Flagstaff y Gork violentamente, apartando de sí armas y soldados con una especie de vigoroso remolino, formado por sus potentes brazos musculosos.

Cayeron tres de ellos, sus armas volaron por los aires. Crisalia le gritó:

— ¡No, no! ¡Ellos serán capaces de matarte! ¡No me defiendas, Gundar!

Gundar no la oía. Había alcanzado a Flagstaff. Le derribó de un mazazo brutal en el mentón, que hendió su labio y quebró varios dientes, entre un borbotón de sangre. El comandante rodó por el suelo del puente de mando, dando volteretas, entre quejidos de dolor.

Gork se revolvió, maligno, contra Gundar, pretendiendo alcanzarle con su ancha espada de militar. Era una espada electrónica, que hubiera inmovilizado al héroe, abrasándole la piel.

Pero Gundar eludió el impacto y le descargó dos secos mazazos al hígado, que doblaron sobre sus rodillas a Gork. Luego, le soltó un patadón feroz en la cara, aplastando su nariz con un chasquido. De su boca y de las fosas nasales deformadas, escaparon torrentes de sangre espumosa, entre alaridos de vivo dolor.

Allí terminó la lucha. Crisalia gritó, cuando bruscamente un soldado logró alcanzar a Gundar en la nuca y le martilleó con fuerza, con la culata de su arma plástica. Gundar exhaló un ronco quejido, y se fue de bruces contra el suelo, quedándose inmóvil.

Varias armas se dirigieron hacia él, para rematarle sin remisión.

— ¡Quietos! —aulló Flagstaff, entre borbotones de sangre de su quebrada boca—. ¡Nadie toque a ese hombre! Quiero que sufra… ¡Que pida mil veces la muerte, antes de concedérsela…!

Crisalia, en medio de un cerco de soldados armados, no hizo nada. Se limitó a bajar la cristalina cabeza de vidriosos cabellos, con una dolida expresión en sus extraños ojos.

Entre los humanos, nada podía hacer ya, estando la mente poderosa de Gork. Aquel hombre nefasto era capaz de controlar fácilmente su cerebro, reduciéndola a la impotencia total.

Y ella sabía que Gundar estaba solo frente a un destino peor aún que la propia muerte, aunque ésta, al final, no dejaría de llegar, dictada por el malvado Flagstaff, su enemigo mortal.

CAPÍTULO V

Gundar miró borrosamente las figuras que se erguían ante él.

Exhaló un grito ronco, agitando la cabeza con horror. Aferróse al gran panel de vidrio blindado que separaba su celda de la antecámara donde tenía la doble visita inesperada.

— ¡Oh, no, no! —jadeó—. Eso no es posible...

Flagstaff le miraba con inmensa ironía. En sus brazos, una mujer se dedicaba por entero a acariciarle, a besar su rostro, sus manos, con amorosa unción. Una mujer a la que sobradamente conocía. ¡Ilya, su propia esposa!

—Te amo, Flagstaff, mi vida... —musitaba ella melosamente, mirándole con ternura—. Te amo con locura, mi amor... Pronto seremos ambos marido y mujer, ¿no es cierto?

—Sí, querida —afirmaba Flagstaff, risueño—. Pero ha surgido una complicación, amor. Alguien dificulta nuestra boda actual. Ese hombre prisionero, ¿entiendes? Si estuviese muerto, sería diferente. Entonces, podríamos unirnos para siempre, libremente.

Ilya, su Ilya, miró, fría e indiferente, hacia él. Se encogió de hombros, con algo parecido al fastidio.

—Oh, él… —dijo con disgusto—. Bien, ¿y a qué esperas para hacerle morir? Así podremos amarnos tú y yo, querido…

— ¡Ilya! —rugió Gundar, lívido—. ¡Ilya, no puedes hablar así! ¡Soy yo, Gundar! ¡Tu esposo! ¿Entiendes, Ilya? ¡No llegué a morir en Omega! ¡Estoy aquí, para rescatarte! ¡Ilya, tienes que reconocerme!

— ¿Gundar? ¿Mi esposo? —ella le miró vagamente, con expresión indiferente—. No me gusta que exista nadie que se interponga entre nosotros, Flagstaff, amor… Deshazte de él. No quiero verlo. ¡Quiero ser tu esposa, ser tuya para siempre!

— ¿Oíste, Gundar? —rió el comandante, malignamente—. Ella decide… Claro que no se llevará a cabo esa ejecución tan pronto. Antes la verás a ella en mis brazos muchas veces… Y antes verás a tu hijo Darko, el jovenzuelo rebelde, convertido en un autómata humano, después de la regeneración mental en el Centro de Psiquiatría…

— ¡Canalla, monstruo! —jadeó Gundar, mortalmente pálido. Golpeó en vano el muro transparente pero irrompible que les separaba —. Mátame, te lo ruego… ¡No soporto más esta locura! Ilya, sin duda, se ha vuelto loca para hablar así. Pero yo no puedo resistirlo. Ellos dos eran mi única esperanza, mi afán por sobrevivir… ¡Flagstaff, ten piedad y termina conmigo para siempre!

—Eso sería demasiado piadoso —rió, burlón el comandante. Meneó su cabeza en sentido negativo—. No, amigo mío… No serás tan feliz como para dejar de sufrir tan brevemente. Yo me ocuparé de que desees la muerte mil veces, antes de conseguirla realmente… Gundar, hasta perderlo todo: esposa e hijo. Luego, cuando estés desesperado de vivir, perderás tu vida también. Flagstaff es implacable. Flagstaff nunca perdona a sus enemigos… ¿Vamos, querida? Hemos de visitar este hermoso mundo desconocido. Luego, haremos planes para nuestro futuro.

Se inclinó y la besó. Ella respondió a su beso. Gundar, desde su encierro, no podía captar la mirada sin luz ni vida de su esposa, la carencia de emociones en el rostro y movimientos de ella. Para él, Ilya, inexplicablemente, le traicionaba, y era ahora la fiel amante de su peor enemigo. Aquello, y la terrible suerte destinada a su hijo, eran el pavoroso sufrimiento que le hacía desear la muerte como el menor de todos los males.

Sólo que Flagstaff jamás le haría matar, antes de que el dolor y la desesperación hicieran de él un triste guiñapo humano. E iba

camino de conseguirlo.

* * *

Gork llevaba un ancho esparadrapo sobre su nariz deformada. Movía con dificultad la boca, lo mismo que el propio Flagstaff, con el labio cosido por el cirujano, y la ausencia de varios de sus dientes, tras el feroz ataque de Gundar, en el puente de mando.

Los dos hombres se miraron. Fue Gork quien habló primero:

—Está decidido el lugar para levantar los primeros edificios. Esa pradera, junto al bosque, donde Gundar aniquiló a un extraño monstruo gelatinoso, llegado del cielo… Corre un arroyo al lado. Hay boscaje cerca. Un punto ideal para la primera población humana en el planeta.

—Conforme. Decide tú ese aspecto de la cuestión. Fiaré en tu buen criterio, Gork.

—Puedes hacerlo, Flagstaff. Sé lo que necesitamos para empezar. Este es un extraño mundo. El agua tiene colores raros, un sabor dulzón… Las plantas no se parecen a las que hemos conocido, pero dan frutos sabrosos y comestibles. Y parece haber animales para alimentarnos. Organizaremos unas expediciones para concretar todo eso.

—Perfecto, Gork —el hombre que regía los destinos de los viajeros de la nave, paseó por el puente de mandos del vehículo espacial, donde aún residían todos ellos, a la espera de iniciar su existencia en el exterior, bajo el purpúreo sol de aquel mundo, que alguien quería bautizar con el nombre de Nueva Tierra. Luego, Flagstaff pareció recordar algo—. Por cierto, ¿y esa chica singular, la de aspecto de muñeco de vidrio?

— ¿Crisalia? —Gork hizo un gesto, y en el acto reveló dolor en su mirada, puesto que la nariz herida se había movido con su expresión—. Es mi esclava nuevamente. No se mueve, no puede actuar. Ni siquiera es capaz ya de ayudar en nada a su amigo Gundar. Solamente hará lo que yo le indique. Mi mente controla perfectamente la suya.

—Eso me tranquiliza. Llegué a pensar que podía ser peligrosa...

Tal vez lo sería, si no existiera mi poder mental para frenarla y reducirla a la total impotencia —sonrió Gork—. Ya te dije que cualquier mente queda sujeta a mi control, si así se requiere.

— ¿Esa..., esa criatura tiene mente? ¿Como uno de nosotros?

—En realidad, son humanoides de una especie superior y lejana. Su materia es transparente o translúcida, su aspecto, irreal. Pero creo que, en el fondo, tienen mucha similitud con nosotros, aunque sus tejidos y vísceras interiores sean por completo invisibles. Yo los definiría como unos entes que fluctúan entre nuestra dimensión y otra completamente desconocida para nosotros.

—Y aun así, el gran Gork controla esas mentes remotas —rió, burlón, Flagstaff—. Eres admirable, amigo mío. Me he buscado un colaborador muy práctico, no hay duda.

—Me honra tu fe en mí —declaró risueñamente Gork. Inclinóse ante su superior, con el que ya aumentaba rápidamente su confianza y su camaradería en el trato, de un modo que a veces incluso parecía molestar al futuro gobernante. Pero Gork, o no se daba cuenta de ello, o lo fingía perfectamente, sabiéndose dueño de la situación. Su voz tuvo tonalidades irónicas al añadir—: Mi querido amigo, juntos podemos llegar muy lejos.

—De momento estamos en la cumbre —le recordó Flagstaff, algo contrariado—. Recuerda que no hay más alto cargo que el de gobernante de ese puñado de seres humanos. Son los últimos. Los únicos que existen. El pilar de la futura sociedad humana, en suma.

—No lo olvido. Pero quizá un día alcancemos más altas cotas, Flagstaff, pese a todo.

— ¿Como por ejemplo...?

—Otros mundos, otras sociedades, otros pueblos de conocimientos incalculables, de fabuloso poder, de fortuna inmensa... Todo es posible, cuando se busca. Incluso nuestra inmortalidad, quizá. Y, con ella, el acceso a otros puntos del universo —las ambiciones de Gork se movían en un plano de delirantes sueños de poder y de perfección, que asombraron a Flagstaff.

—Eso estará muy bien, si lo logramos alguna vez. Por el momento, me conformo con lo que tenemos en nuestras manos, Gork.

¿De dónde ibas a sacar todos esos dones futuros?

—Quizá a través de esa criatura, Crisalia. Si obtengo de su mente los secretos de su raza superior, acaso podamos un día trasladarnos en el cosmos como ella y Gundar se trasladaron. Sí, amigo mío. Mis ambiciones son muy amplias, como verás.

—Tal vez demasiado, Gork —le reprochó Flagstaff secamente—. Limítate, por el momento, a tener a esa mujer de vidrio cautiva de tu poder. Y también a Ilya. Es cuanto pido de ti. Eso, y lealtad absoluta a mi persona. Pese a todo tu poder, quien manda aquí soy yo. No lo olvides nunca...

—No lo he olvidado —también fue seco el tono de Gork, en respuesta. Se inclinó, y desapareció de la cámara de mando de la nave, con unas últimas palabras entre dientes—: Voy a disponer la salida de la gente hacia el exterior, Flagstaff.

Este, una vez solo, miró colérico hacia la puerta que se cerrara tras su esbirro y cómplice. Una fría ira le dominaba. Hubiera matado gustosamente a Gork. Pero la idea de perder entonces a Ilya, le sujetaba. Sabía que Gork era peligroso, pero tenía toda la fuerza de su lado. Deseaba demasiado a Ilya para renunciar a ella, en favor de su seguridad y de sus recelos personales contra Gork.

Conectó el televisor interior, en el circuito D, que enlazaba con la celda de Gundar. El heroico y vigoroso cautivo, paseaba por el recinto como un tigre enjaulado. El maligno Flagstaff rió burlonamente. Su risa llegó hasta Gundar a través del sistema acústico. Miró con odio hacia el punto donde sabía que una cámara captaba sus actos.

—Ríe, maldito, ríe —jadeó, crispado—. Búrlate de mi tortura. Si te tuviera al alcance de mis manos, te haría pedazos.

— ¿Todavía sigues deseando la muerte, Gundar? —se mofó el gobernante.

—Bien sabes que miles de veces la he pedido. Pero es inútil cuanto haga. Te complace mi tormento, estás gozando de tu triunfo sobre mí. No sé lo que habrás hecho con Ilya para borrarle del recuerdo mi imagen y del afecto mi nombre. Pero sea lo que fuere, lo pagarás de alguna forma. Aún creo en la divina justicia.

—Haces mal en creer en cosas así —bromeó Flagstaff, maligno —. Aquí sólo existe ya un poder: el mío. Voy a conectar tu propio

visor mural, cuando Ilya entre aquí. Así serás testigo de la escena que tanto aborreces. Verás nuestro amor, nuestras caricias… La oirás pedir tu vida con exigencias, para ser sólo mía…

— ¡No, Flagstaff, no lo hagas! —jadeó el preso—. ¡No lo hagas de nuevo!

Flagstaff soltó una carcajada. Pulsó el llamador que correspondía a la cámara especial dispuesta para Ilya. Ella acudía, dócil, servil, amorosa, en cuanto él llamaba. Así era en todas las ocasiones. Y ésta no podía ser diferente.

Mientras Gundar se aferraba los oídos con ambas manos, y pugnaba por no escuchar ni ver, conectó el televisor que iluminaba un rectángulo del muro de la prisión con una imagen tridimensional, que permitía a Gundar seguir su idilio aunque no quisiera mirar, con sonido e imagen perfectos.

Ilya entró, siempre rígida, dócil, suave, en la cámara del tirano. Sus pasos hacia él eran tranquilos, pausados. Su mirada, fija en el vacío, impersonal y fría. La hermosa máquina en que se convertía, bajo la influencia mental de Gork, llegó ante Flagstaff, una vez más.

—Mi amo y señor, mi vida entera —susurró con voz estremecida —. Aquí me tienes, como siempre, a tus pies, dispuesta a todo para hacerte feliz. Nunca nadie pudo amarte tanto como yo, mi amado Flagstaff…

— ¡No, no, basta! —aullaba con furia exaltada Gundar, moviéndose agitado, fiero, febril, por el recinto cerrado de su cámara —. ¡Termina con ese horror, o enloqueceré!

—Ven, querida —silabeó Flagstaff, complacido, tomándola por la cintura—. Verás en esa pantalla al hombre cuya vida me pides constantemente. Míralo bien, amor mío, Ilya de mi vida.

Ella se dejó rodear por el fuerte brazo de Flagstaff.

Inclinóse para besar los labios del gobernante de los únicos seres humanos vivos en el universo…

Gundar, enloquecido casi, clavó sus fieros ojos inyectados en sangre, hinchando con furia sus músculos bajo la broncínea piel de su cuerpo atlético. Jamás un hombre había odiado tanto como él, en esos momentos terribles.

De súbito, Ilya, su esposa, inconcebiblemente traidora para su amor de esposo…, saltó atrás, en los brazos de Flagstaff.

Su mano derecha había arrancado con celeridad la pistola eléctrica de la cintura del tirano. El cañón prolongado, rematado en óvalo, apuntaba a la faz de Flagstaff. El dedo de la mujer mecanizada, sometida a control mental, temblaba en el gatillo. Una sola presión en aquel resorte bastaría para triturar la cabeza de Flagstaff, reduciéndola a polvo abrasado.

El la miró con infinito estupor. Vaciló, incrédulo, esbozando una sonrisa de confianza y desorientación. Su voz sonó insegura:

—Vamos, cariño, ¿qué broma es ésta…? Ven a mis brazos, Ilya amada…

—Flagstaff, asesino, traidor, tirano de esta nave y de sus gentes, monstruo de maldad y de corrupción, tu imperio de villanías y crueldad ha terminado aquí —recitó ella fríamente, con un temblor crispado en su rostro lívido, saturado de odio y de afán vengativo.

— ¡Ilya! ¿Qué pretendes decirme con eso? —una palidez mortal, súbita, se extendió por la cara convulsa del tirano, que intentó levantarse de su asiento.

No te muevas, o borrare tu faz de este nuevo mundo, donde mi pueblo va a levantar su futuro sin tiranías, sin cobardías ni falsedades. —avisó ella, sibilante—. Perdiste la batalla final, Flagstaff. Definitiva y totalmente perdida, ¿no lo ves claro? ¡Gundar, mi vida, no sufras más esa horrible tortura! ¡Ahora vuelvo a ser Ilya, tu verdadera Ilya, y no un muñeco sin voluntad, movido por hipnosis, con el control mental de otro canalla como Gork!

—Ilya… —jadeó Gundar, mirando la pantalla, esperanzado—. Era eso… Sabía que algo ocurría anormal contigo, que tú no podías ser así…

—Mi vida, ¿cómo pensaste siquiera un momento que yo…? —comenzó ella, enternecida, con humedad en sus ojos acongojados, fijos en la imagen querida, que le llegaba por la pantalla.

— ¡Cuidado! —aulló Gundar, señalando hacia su propia pantalla —. ¡No te fíes de él!

Su aviso llegó un poco tarde. Flagstaff atacaba a Ilya, desarmándola de un manotazo. La terrible pistola eléctrica saltó por

los aires, huyendo de la mano de ella. Gritó el tirano:

— ¡A mí la guardia! ¡Traición, traición a bordo contra vuestro comandante supremo!

Empujó contra el muro a la asustada Ilya, y corrió por su arma. Las puertas deslizantes de su cámara, ante el terror de Gundar, se abrieron con presteza. Soldados de blanco uniforme, armados, aparecieron en el umbral, a la llamada de Flagstaff, rodeando algunos de ellos a Ilya.

Todo había terminado. Gundar comprendió que aquello era el fin de una esperanza hermosa, que duró apenas unos segundos.

— ¡Arresten a esa mujer! —rugió Flagstaff, virulento, mirando con ojos helados a la hermosa Ilya—. ¡Ejecuten en el acto a Gundar, y averigüen qué le sucede a Gork!

Los soldados le miraban con extraña rigidez. Sus armas, que deberían apuntar a Ilya, le estaban encañonando *a él.*

—Flagstaff, ¿no entiendes aún? Todo ha terminado para ti. Ilya tuvo razón. Tu imperio se ha desmoronado totalmente. Es tu propio fin el que presencias…

Giró la cabeza el tirano, como enloquecido. Gundar, en su celda, volvió a cobrar fuerzas y esperanza. Vio a la persona que hablaba, a través del televisor. El corazón pareció escaparse, tumultuoso, de su pecho esperanzado:

— ¡Crisalia! —gritó—. ¡Eres tú!

Los soldados rodeaban, amenazadores, a Flagstaff. Sus armas tocaron el cuerpo del que soñó con ser el amo de vidas y haciendas humanas en el futuro.

—Traición… —jadeó, lívido, Flagstaff—. ¡Esto es un motín!

—Sí, Flagstaff —sonrió la criatura de cristal—. Es un motín. Pero de toda la especie humana contra ti. Ellos escucharon lo que sucediera con Gundar en el puente de mando. Durante este tiempo, planearon secretamente el golpe que te derrocara. No quieren más tiranías ni ruindades. Los hombres sueñan con ser libres y mejores que nunca. Gork está muerto. Le quisieron capturar, al abandonar tu cámara, se resistió y fue muerto por la multitud. Eso me hizo recuperar el control de mí misma. Y también a Ilya, que volvió a ser ella, y tuvo suficiente

valor para fingir esa farsa y desarmarte…

—Dios sea loado —musitó Gundar, viendo al vencido Flagstaff salir entre los soldados, cautivo de quienes hasta entonces le fueran leales—. Hubo, después de todo, justicia divina…

—Siempre la hubo en el universo —sonrió Crisalia, mirándole por el televisor. Luego, miró a Ilya con afecto—. Gundar, serás liberado en seguida. El pueblo te reclama. Tú eres su verdadero jefe. El que el destino había señalado, al margen de intrigas y falsedades criminales. Así lo entendieron todos.

Gundar no respondió. Sólo tenía ojos para Ilya. Y ella para él.

Sigilosamente, con un gesto risueño y feliz, Crisalia se alejó, como de puntillas.

* * *

— ¿Nos dejas, Crisalia?

—Sí. Debo dejaros. Los Altos Legisladores Eternos de mi galaxia, resolvieron mi caso. Ya no soy considerada un diablo rebelde, sino una mujer que se ganó el derecho a regresar. He recibido su mensaje telepático a través de ondas cósmicas que vosotros Jamás captaríais —Crisalia tendió su mano, de vidriosos dedos amigos, a Gundar y a su esposa Ilya—. Adiós, hermanos míos. Debo dejaros. Es mi destino.

— ¿Para siempre, Crisalia? —se lamentó Ilya.

— ¿Siempre? —se encogió de hombros la criatura cristalina—. Es mucho tiempo «siempre». Tal vez un día, en el futuro… No sé. Es posible que nunca más nos lleguemos a encontrar. Pero (nuestra amistad mutua sobrevivirá por encima del tiempo, el espacio y las dimensiones que separan a nuestras razas y pueblos. En algún lugar del infinito, estaréis seguros de que una mujer de otra dimensión, piensa en vosotros con afecto.

—Crisalia, nunca olvidaré estos dedos tuyos —Gundar los oprimió con cariño—. Dedos de vidrio… Dedos amigos, valerosos y firmes. A ellos les debo todo. Y tal vez nuestro pueblo también. Haremos algo en tu recuerdo. Tal vez una estatua gigantesca, en

medio de nuestra primera ciudad humana en este mundo de utopía donde me trajiste… Mirándola, te recordaremos con eterna gratitud. Y tú, estés donde estés, diablillo, sabrás que es así.

Ella asintió. Gundar e Ilya, unidos en un abrazo por sus cinturas, la contemplaron, mientras parecía flotar en el aire, desvanecerse lentamente, en una visión borrosa, transparente al principio.

Luego, no quedó nada de ella. Sólo el recuerdo de su sonrisa de cristal, de su mano de vidrio, agitándose en una despedida.

—Adiós, hermana —musitó Ilya.

—Adiós, Crisalia amiga —susurró Gundar.

Y buscaron en vano, en el cielo estrellado y bellísimo de la noche púrpura de aquel novísimo mundo.

Sólo vieron galaxias remotas. En alguna de ellas ahora, una criatura de vidrio volvía con los suyos.

Y unos seres humanos, muy lejanos de ella, se quedaban con su emocionado recuerdo.

Darko, libre ya, y recuperado a tiempo, fue el más feliz, al ver a su padre.

F I N

la conquista del ESPACIO

Una ventana abierta al futuro gracias al talento de unos autores de excepcional calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE

"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.